



M. A. GARCIA GUINEA

G. Torner

ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS



Gloria Torner, santanderina, es una de las pintoras contemporáneas más especialmente interesantes. Su paleta, llena de delicados matices, de pulcrísimos azules, ha logrado crear un mundo de ensueño en donde la evocación de un estado de alma o de un preciso momento de real existencia se convierte en sus cuadros en una auténtica mística de transfiguración. Gloria Torner apenas roza la masa de las cosas ni retoca en volúmenes los objetos. Pasa por encima de todo sin casi sentir su materia, poetizando de tal manera, aleteando el alma del universo, que su pintura es un latido de creación hermano de la música, del amor y de la vida como símbolo.

En este ambiente actual de excesivos esnobismos el arte de Gloria se despegó por su línea neo-romántica, en la que aún queda patente, sin embargo, un aprendizaje que procede del cubismo y de lo abstracto. Su manera de hacer se apoya en las eternas melancolías del hombre, en la vaguedad e inconsistencia de nuestros presuntos finalismos. Su paisaje se difumina entre lu-

G. Turner

**M. A. García Guinea**

*Doctor en Filosofía y Letras.  
Académico Correspondiente de la Real  
Academia de Bellas Artes de San Fernando.*

C 35118

G. Turner



R. 177941

© SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE  
EDUCACION Y CIENCIA.

EDITA: SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION Y CIENCIA

IMPRIME: R. GARCIA BLANCO · AVDA. PEDRO DIEZ, 3 - MADRID - 19

I. S. B. N.: 84 - 369 - 0645 - 4

DEPOSITO LEGAL: M. 37.669 - 1978

PRINTED IN SPAIN.

# Conos

A Gloria Zomer

Llegaban por el aire  
Conos deliciosos:

Aromas de jasmínes,  
Y con su Andalucía,  
Y allí mi juventud,  
En este mi recuerdo

- ¡Dea sólo ya -

Más consciente, más pura.

Aquellos tan vividos  
Lo sé mejor ahora.

Jorge Guillén

## SU VIDA

Las primeras impresiones de Gloria en el comienzo de su infancia son, como es natural, imprecisas; más casi de relatos que de recuerdos. De su padre sabe lo que su madre le cuenta, y, naturalmente inclinada hacia la fantasía, crea de él una imagen más de ensueños que de realidades. En la herencia de Gloria Torner hay por ambas ramas una cierta unidad de paisaje de la vieja Castilla. De una parte, la pobreza seria y recia de un pueblecito burgalés, Urbel del Castillo, solar de su padre, al que Gloria imagina siempre en recuerdo de una fotografía frente a las piedras del torreón que dio apellido al pueblo, y de otra, las tierras altas de Campoo, en Santander, de donde era originaria su madre.

Luz en Urbel, más sombría neblina en Matamorosa, cuna del gran pintor Casimiro Sainz, primo de su abuelo, son vivencias ancestrales

que luego va a combinar Gloria en su pintura, llevándolas al mar, que será su especial y propia aportación al mundo que genéticamente le viene dado.

La mayoría de los juicios críticos que se han hecho sobre la pintura de Gloria Turner —incluido el mío en 1970— han puesto especial énfasis en señalar como más característico de ella la presencia del tema marítimo en sus cuadros. Y ello, sin dejar de ser verdad, me parece que es tan sólo debido a una cierta exigencia geográfica o situacional que dejaría de ser exclusiva tan pronto como la pintora sintiese frente a sí una nueva insistencia paisajística e incluso la fuerte presencia de un recuerdo. Digo esto porque en toda la pintura de Gloria Turner existe una veladura de realidades; el detalle se esfuma en una atmósfera de inconcreciones, dejándonos sólo el elemental cañamazo de las cosas, exactamente lo mismo que sucede cuando el recuerdo de un acontecimiento lejano ha perdido las líneas limitadas y exigentes del momento preciso de su desarrollo. Creo, pues, que donde reside fundamentalmente la raíz creadora de Gloria, y aunque ello pueda parecer un cierto contrasentido al juzgar a una pintora, no es en sus ojos, ni siquiera en el paisaje que ven sus ojos, sino en la trasposición que ella hace inconscientemente de la realidad presente en recuerdo, es decir, en nostalgia. El mar de Gloria es un pedazo en color de su vida pasada, de sus ensueños, como lo son sus flores y sus ventanas abiertas hacia la lejanía del pensamiento.

Por ello mismo vuelvo a hurgar en su memoria, porque la primera vida de sus sensaciones nos aclara en cierta manera el transfondo poéti-

co de su obra. Gloria Torner fue una niña introvertida y extraña que despierta su imaginación al contacto natural de un campo entonces plenamente intacto y solo. A los cuatro años acude todos los días con su madre, maestra, al pueblo de la Riva, cuando todavía el pantano del Ebro no había convertido en inmensa balsa los llanos campos del páramo de la Virga. La Riva estaba en alto, frente a Arija, y desde allí se contempla una inmensa amplitud de terreno y un espacio grandioso de cielo. Su madre la instruye en los iniciales misterios del campo: recoge flores, insectos; ve el agua correr en el río Virga pasando por el puente de troncos de Rampalay; contempla cómo los aldeanos sacaban la turba para quemar... Y un día, ensimismada, descubre el nido de cigüeñas sobre un árbol cerca del río y se pasa varias horas sola, sin acordarse de comer, admirando el ir y venir de aquellas aves blancas, de larguísimo pico, y su divertido actuar sobre aquel cuenco alto de ramas.

Estos primeros años, plenos de nuevas sensaciones, se quedarán para siempre, aunque profundos y como de otra vida, en el alma de Gloria, y no cabe duda de que sus infantiles soledades han de resurgir inesperadamente en cualquiera de sus creaciones pictóricas. El amor a la intimidad del ser con el entorno único y ensoñado que vemos en muchos de sus cuadros, el afán de «misterizar» el trozo de cosmos a fuerza de hacer vibrar en suavidades los contornos y las luces, cargándole de espera y de melancolía, tienen siempre su hontanar inconsciente en el peso y en el poso de los recuerdos poetizados. Porque Gloria siente la necesidad de idealizar lo que ve y

lo que ha vivido, unas veces por la vía de la fantasía y otras por la del ensueño.

A los seis años está ya en Santander, capital, donde su madre oposita a plaza de maestra en propiedad. Pasan a vivir en casa de tía Mónica, hermana de su abuela, junto a la catedral. En verano vuelven siempre a aquellos paisajes queridos de Arija, a la casa de la abuela, con su pequeño jardín, el columpio, un cerezo y flores distintas junto a las tapias. Gloria recuerda que siempre sintió especial atractivo por el color de las cosas e incluso por su olor. Color y olor de la hierba, por ejemplo, que venían mezclados en una simbiosis inseparable. La casa y el jardín eran para ella, para su hermana y primas, el escenario primordial de sus juegos y distracciones: representaciones de teatro, sobre todo disfraces; el baño con la goma de regar, el escondite... Su abuelo materno, técnico de la fábrica de cristal y ex seminarista en Burgos, las sacaba a conocer los alrededores, naturalmente a pie, en paseos de una libertad que eran casi a su edad una aventura. Solían dar la vuelta a parte de lo que muy pronto iba a ser el pantano —lo que el abuelo llamaba «La vuelta a Cantabria»— y al monte de la Población, repleto de árboles que más tarde cayeron todos víctimas del hacha. El abuelo les enseñó, como su madre, el gusto por los detalles del campo y sus atractivos: pescar ranas, distinguir los hongos de las setas, saber tocar, en fin, la piel de la tierra con sus multiformes variaciones de vida y encontrar en ellas un motivo siempre nuevo de conocimiento y de emoción.

¿Hubiese llegado Gloria Torner, caso de una infancia distinta y de un escenario diverso al natural que vivió, a alcanzar el mismo sentido y en-

canto que hoy tiene su pintura? Creo sinceramente que no, porque soy de los que piensan que la sensibilidad específica tiene sus raíces en esos primeros años de la vida de cada ser, donde definitiva e inexorablemente se fragua el porvenir distinto de la personalidad.

En Santander, el Santander de los primeros años cuarenta, todavía con el hoy paseo del General Dávila en su estado casi primitivo de campo y pradera, Gloria va con su madre, con unas ciertas añoranzas de las visiones lejanas de Arija, a las proximidades del castillo de Villatorre, donde a los seis años pinta su primera acuarela, curiosamente significativa y difícil: al agua de un manantial próximo a las viejas ruinas. Hay en la vida de Gloria una trayectoria en donde el agua adquiere un protagonismo especial: el río Virga, en la niñez inicial; el mar de Santander un poco después, con su bahía y el golpear miedoso de las olas sobre las vigas de los muelles. Más tarde, a los ocho años, pasa a vivir a Oruña, en donde su madre ejerce, y allí es el Pas y la presa del río o la isla donde vuelve a encontrar el embrujo del agua. Cuando la presa se secaba, Gloria veía los peces saltando en los charcos, con brillo gris de plata, cambiante y afilado. Y en los veranos, el pantano del Ebro volvía de nuevo a traerle la presencia de las grandes extensiones del agua oscura que había sellado para siempre rincones que conoció y atravesó de niña: caminos, árboles, torres de las iglesias, el mismo nido aquel de la cigüeña que un día la hiciese meditar sin saberlo.

Gloria va, año tras año, afilando su alma de romanticismo y de delicadezas. Enormemente femenina, vive más con la imaginación que con la razón. Recuerda la casona de Oruña, con su hi-



guera; las primeras sensaciones de miedo a la soledad. Muy observadora, no era, sin embargo, excesivamente inquiriente, prefiriendo a veces sus explicaciones personales de los fenómenos a través de un mundo de fantasía que ella creaba. Sensible y buena por naturaleza, jamás recuerda haber intentado violentar las cosas ni herir o maltratar a los animales, a los que le enseñaron desde siempre a respetar y querer. Tampoco se sintió nunca protagonista, prefiriendo, quizá por una innata timidez, incluirse en las acciones de un grupo, el de sus amigos y hermana, que aparecer destacada como figura. Así, su primera comunión la recuerda más por el goce que sintió con el afecto de aquéllos que por el hecho de aparecer como primera intérprete.

Dejándose llevar por sus enormes ensueños, Gloria llega a ser temeraria en la búsqueda de emociones, no comprometiendo nunca en ello a los demás. Su espíritu inquieto, y aventurero en mente, le acerca a Salgari, cuyas novelas lee en su adolescencia. «A lo largo del Amazonas» le sugiere un mundo extraño y lejano, siendo estos dos adjetivos los que posiblemente mejor caracterizan las inclinaciones de Gloria por lo exótico y lo desconocido. Sentía, además, una cierta complacencia en los cambios del paisaje natural, y así se renueva con la lluvia, la tormenta o la repentina salida del sol de entre las nubes.

No fue, sin embargo, una niña triste, sino más bien nostálgica, y cree que esa nostalgia producía en ella un cierto placer cuyas causas desconocía.

En el Colegio de las Teresianas de Santander, donde cursa el Bachillerato, sigue sin apenas salir de su propio reconcentramiento y timidez. Se

la obliga a leer en alto para hacerla perder este cierto encogimiento, pero Gloria se aferra a sí misma, buscando sus alicientes en la geografía, las historias mitológicas y las sugeridoras creaciones imaginativas de las tragedias griegas.

Gloria es a sus quince años una escolar con trenzas, inocentemente mística y evaporada, que sólo piensa en sus quimeras y que está muy lejos de tener inclinaciones de picardía. Con motivo de una exposición en el Colegio, pasa un mes allí; esto le sirve para ejercitarse en el dibujo, ocupación donde ella siempre encontraba un motivo de olvido de sus sinsabores y un escape más allá de las fronteras de lo cotidiano. Las Teresianas la mandan hacer a plumilla historias de los Conquistadores. Trabaja en ello apasionadamente.

Hasta cuarto de Bachiller no recuerda Gloria otra nota en dibujo que sobresaliente. De las Teresianas pasa a ingresar en la Escuela de Magisterio y da clases de dibujo con Cobo Barquera, su primer profesor. El aprendizaje en la Normal lo lleva con interés desigual. Algunas asignaturas, como la psicología y el dibujo, acaparan casi toda su atención y prioridad. Otras, como las matemáticas, las encontraba difíciles y muy lejanas a su temperamento. Este era proclive a desvelar todos los misterios, y cuando la comprensión de las cosas era dificultosa Gloria las abandonaba. Llegó a una cierta especialización en grafología, y valiéndose de ella examinaba y dictaminaba el carácter de sus compañeras de estudio.

Fue Gloria siempre sensible a todas las artes. Cuando acabó magisterio —tenía entonces diecisiete o dieciocho años— recuerda la enorme impresión que la produjo escuchar por primera vez

y en vivo la «Novena sinfonía», de Beethoven. Por estas fechas comienza ya a pintar algún óleo, casi siempre valiéndose de copias, como por ejemplo fotografías de calendarios con el lago de Como. Su innata inclinación la lleva a buscar el conocimiento más a fondo de la historia del arte, que ya había degustado en sus estudios de Bachiller y Magisterio. Tenía especiales «afectos» y «amorríos», como el arte egipcio, el románico, el arte arcaico y primitivo y la decoración cerámica. Otros episodios o aspectos del arte la dejaban más insensible e incluso se atrevía a oponerse a ellos. Así encontraba excesivo al arte perfeccionista de la época clásica griega y aparatoso el barroco, al que sólo admiraba por la composición magistral del plegado de las telas. Tuvo siempre un peculiar apasionamiento por la esencia de las cosas, por su raíz más escueta y limpia, lo que habría de transparentarse después en el estilo desbrozador y purificador de su pintura.

En Santander, por entonces, la pintura joven comenzaba a despuntar con los Calderón y Celis. Gloria oía que Fernando Calderón se había emancipado y tenía modelos. El ideal de llegar a dedicar su vida a la pintura comienza entonces a ocupar un lugar primordial en sus aspiraciones. Aún no está, sin embargo, segura de sí misma y comprende que debe todavía recorrer un largo camino de trabajo y de perfeccionamiento. Inicia la comunicación con los pintores santanderinos. Trata a Jerónimo Gómez Cagigas y a Rosendo Lorient, amigos de Eduardo Sanz, pintor que más tarde vendría a ocupar uno de los primeros puestos en la pintura montañesa. Intentó solicitar una beca de estudios de pintura en la Diputación, pero la dicen que previamente deberá tener apro-

bado el ingreso en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. El camino hacia Madrid y su etapa de estudios en la capital de España se abre ahora.

Gloria está ansiosa y necesitada de conocer maestros y tendencias. Desconoce todavía cuál va a ser su dirección, pero ve muy claro que se le va abrir ahora una nueva vía de trabajo y de ambiciones de superación. Mil novecientos cincuenta y ocho es el año que inicia su nueva experiencia madrileña. Tenía entonces veintidós años, la edad ideal para concebir el mundo bajo un prisma de esperanzas y de optimismos. Como llega a Madrid sin beca, se ve precisada a ayudarse económicamente dando clases de básica en una academia. Su finalidad inmediata es el ingreso en San Fernando, cuyo edificio visita una y otra vez para preguntar a los aspirantes qué era lo que había de hacer para conseguirlo. Algunos le contestan, humorísticamente, que para aprobar lo mejor es ser «hija de ministro». Gloria, terca en su empeño, asiste a las clases de oyente, trabando amistad con el escultor montañés Anievas, que la informa de todo el material preciso para iniciar esta etapa de aprendizaje. Al perder su puesto como profesora, consigue dibujos para el I. N. I., pagada por horas, haciendo mapas, lo que le permite lograr una ayuda económica imprescindible a sus propósitos.

Sin buscarlas preconcebidamente, sino al aire de la propia vida que lleva, Gloria inicia amistades con compañeros y pintores. Conoce a Jorge Castillo, el después triunfador en Kasel y Basilea, cuando está en su fase bohemia y sostiene su vida más por milagro que por empeño. Conversan frecuentemente del arte y de la vida. Gloria le admira como pintor y como persona. Castillo

le dice que está enfermo y en tratamiento con López Ibor. Gloria reconoce que la indestructible vocación de artista de Castillo la influyó enormemente y le dio ánimos para resistir todas las dificultades y amarguras que pudiese traer consigo la ilusión de ser pintora. Le escucha conmovida cuando, comiendo en el comedor del S. E. U., el pintor, casi en la miseria, le dice que no es difícil ni imposible sostenerse en la vida con muy poco, y le pone el ejemplo de un amigo suyo, que vive, ya casado, en una sola habitación y cuando quiere pintar necesita levantar la cuna del niño con una polea...

Anievas, a quien sigue tratando, la pone en comunicación con Manau, en cuyo estudio Gloria se ejercita en el dibujo de relieves y esculturas clásicas o renacentistas. En este momento comienza a valorar el cubismo, comprendiendo que todas las cosas del universo pueden ser introducidas en una proporción geométrica. Acude con frecuencia al estudio-buhardilla que Rosendo Lorient y Celis tenían en el número 1 de la Plaza Mayor de Madrid. Allí trabajaban y charlaban en un ambiente pobre y bohemio, con las protestas a veces de Celis, que necesitaba silencio para su descanso, pues estaba preparando la beca de Roma y había de madrugar para pintar el Palacio de Oriente y la Casa de Campo. A Gloria el trato con otros pintores le servía de aliciente y la impulsaba siempre a seguir. Las opiniones, al margen de toda pretensión doctoral, calaban hondo en su amoldable deseo de novedades. De todo ello dos principios van a ser fundamentales en su obra posterior: la valentía del dibujo y la eliminación de lo accesorio.

Durante los años de preparación al ingreso en

la Escuela de Bellas Artes, Gloria Torner trabaja también en Televisión por las mañanas, colaborando en los dibujos animados de Pablo Núñez. Al salir de este trabajo se obligaba a ir al Museo del Prado, donde estudia las estatuas de la sala clásica. En 1960 consigue el ansiado pase a la Escuela. El dibujo exigido para el ingreso, ejecutado en barra Conté, que no borra, lo acabó siete días antes del plazo máximo señalado. Gloria se presentó con otros 200 aspirantes, de los que sólo logran pasar treinta. Con los dibujos de estos «triunfadores» se preparó una exposición. Significativo y curioso es el hecho de que el de Gloria fue robado, como si el anónimo cleptómano hubiese anticipadamente reconocido el prometededor porvenir de la pintora. El dibujo, en opinión de Gloria, era valiente y duro, dureza que no se corresponde con la actual ejecutoria de su pintura.

Al ser ya alumna de la Escuela de Bellas Artes, Gloria tiene abierto el camino para conseguir las becas de la Diputación y del Ayuntamiento de Santander. A la primera se presenta en competición con Celestino Cuevas y con Olmo. Los cuadros que entrega nuestra pintora sirven para concedérsela a ella. La posibilidad de continuar en Madrid es ya más firme y segura. Es ahora cuando en la capital de España el trabajo de Gloria, plenamente dedicada a la pintura, es agotador. Alterna las clases oficiales con las continuas visitas al Museo del Prado, donde en compañía de una amiga americana de Detroit, que aprendía modelado, pasa horas enteras estudiando sobre todo los pintores italianos y los clásicos españoles. Sólo la hora de comer —bocadillos de tor-

tilla comprados en «La Cuba»— es el rato de descanso en las duras jornadas.

Poco a poco va abriéndose camino en el conocimiento de las técnicas, de las escuelas pictóricas y de los grandes maestros. Y si bien estos últimos son para Gloria admirables y geniales, no se siente impulsada a seguir su trayectoria. Su obra es algo irrepetible, que sería absurdo pretender imitar o continuar. Están ahí, como luminarias permanentes de cada época, y Gloria comprende, al analizarlos, que su destino está en conseguir acomodarse al tiempo que le ha tocado vivir. Por ello se acerca más a los maestros del momento, valorándolos a cada uno en su peculiar característica. Vázquez Díaz la atrae por su sentido constructivista, que siempre quedará un poco latente en la obra de la pintora santanderina, y admira en él más el dibujo que el color. Villaseñor, profesor de Mural en la Escuela, la enseña el tecnicismo de la **tempera** italiana, en donde Gloria recoge una inclinación mantenida por los materiales mate, sin barnices ni aceites. Pero es sobre todos Francisco Arias quien la influye más directamente. Aunque entonces no le conoce personalmente, ha apreciado con bastante detalle su obra, que afirma en ella la creencia de que en el paisaje existen motivos suficientes para conseguir una finalidad casi exclusiva. Las ideas que asumió en la buhardilla de Lorient y Celis las vuelve a prender ante los cuadros de Arias: la eliminación de lo accesorio y el cuidado por la factura. La enseñanza de otros profesores en distintas materias, colorido, desnudo, retrato, historia del arte, etc., con nombres como Rodríguez Acosta, Donaire, Soria, Lafuente Ferrari, etc., van configurando su etapa académica.

Influida por la escuela madrileña, Gloria se inclina hacia la paleta de ocres e interpretando la forma a base de planos, herencia sin duda del cubismo, recoge la esencia más escueta del modelo. Es el momento de sus lienzos del Madrid viejo, de las estatuas del Retiro, o del mercadillo de Arganda, o de sus composiciones de figuras y naturalezas muertas.

Los intentos de recoger experiencias pictóricas la llevan a analizar una y otra vez el misterio de los grandes pintores y de sus obras universales. En Rembrandt comprende que es la sombra la que va a valorar el espacio; de Velázquez admira sobre todo su «atmósfera», preocupación que Gloria tratará de tener siempre presente en sus cuadros de interior. Estudia las leyes de la perspectiva, y aunque comprende la imposibilidad de alcanzar el virtuosismo de la Italia renacentista, considera la necesidad de su conocimiento. Cuando Gloria tropieza en su futura pintura con los barcos, estas leyes la servirán de mucho. Investiga no sólo el problema del claroscuro, sino la gama posible entre la sombra y la luz, estimando el equilibrio de las medias tintas, que logran paliar la dureza de los extremos.

En la Escuela va Gloria conociendo el quehacer de sus compañeros, volviendo durante los veranos a Santander, donde admira la obra de Julio de Pablo, de Gran y del «solitario» Raba, a quienes les preocupa enormemente la aventura abstracta. No pierde contacto con la pintura y evolución de Celis en sus interesantes paisajes, pero es sobre todo Pancho Cossío, el maestro de las veladuras y de los blancos, quien le despierta una especial atracción por sus simbólicas concepciones. En 1964 hace su primera exposición en el

Ateneo de Santander sin haber acabado todavía la carrera. Sus cuadros tienen la influencia de la escuela de Madrid —ocres de Arias, Beulas o Lapallet—, y sus desnudos provocan un cierto escándalo en una época excesivamente moralista. En el mismo año conoce a Gerardo Alvear, incorporándose a sus tertulias de Lago. Congenia con él, y aún más en 1965, cuando, una vez acabada la carrera, regresa definitivamente a Santander.

Aquí se iniciará el segundo período de su vida artística. El ambiente alrededor de Alvear y de su hija Luz la proyecta casi con exclusividad al paisaje, un paisaje ahora distinto, embrumado y azul, pálido y decolorado, con una luz mortecina y frágil, en donde las cosas y las distancias se confunden. Poco a poco irán muriendo los ocres en la paleta de Gloria, y, al mismo tiempo, quizá como consecuencia del choque o tal vez por ese vacío que siempre crea el final de algo, surge en ella una desorientación que la lleva, yo pienso —y de nuevo—, a un regreso a la melancolía de su infancia. Su matrimonio con Juan Antonio Pereda, en quien ve al bohemio que personifica un poco su ideal soterrado de aventuras, representa también una toma de dirección, que es, de hecho, el comienzo de la estabilidad. Ante Gloria se presenta, aun cuando inconsciente o imprecisa, la lucha normal del artista: seguir en sus sueños o someterse a las reglas del mundo. Piensa, incluso, en abandonar la pintura, en «tirar la esponja» de todo aquel sistema montado sobre los ideales del arte. Es la eterna vacilación de los emancipados, la duda en el camino del destino, e incluso el miedo mismo ante las incógnitas del futuro. Gloria duda de su propio

valer, y se pregunta si la etapa madrileña no fue, en suma, más que un bello juego dentro de un bello sueño. Los recuerdos revierten muchas veces hacia sus compañeros de estudio, en viaje de fin de carrera a Egipto. Gloria no sabe con mucha seguridad si ella debería estar allí con ellos cargándose de experiencias ancestrales y exóticas o vivir una vida normal, apoyada sólo en el transcurrir de su humana vida. Sigue, sin embargo, pintando, más casi por nostalgia y necesidad que por convencimiento.

Un día, por mediación de su esposo, Juan Antonio, llega a su casa el pintor Francisco Arias, y pasa con ellos parte del verano. La influencia de las conversaciones mantenidas con Arias va a ser decisiva en la afirmación de la vocación como pintora de Gloria. La honradez del maestro, que le habla insistentemente de la liberación espiritual del arte, de la sinceridad obligatoria en el quehacer del artista, de la pausa que toda obra de creación requiere, etc., van llenando poco a poco a Gloria de confianza en sí misma y en su vocación.

En 1966 nace su hija, pero sus ineludibles ocupaciones de madre no detienen el impulso ya determinado de sus deseos de dedicarse plenamente a la pintura. Atendiendo, y practicando, el principio que Arias insistentemente le repite de que cualquier cosa puede pintarse, Gloria toma como modelo para sus dibujos la cabeza de su hija e inicia la serie de lienzos que podríamos titular «Desde su ventana», múltiples variaciones de efectos de luz y color de la bahía, el río Cubas, las tardes de tormenta, los dos promontorios de Pedreña, los barcos... Alterna la pintura y la vida de familia con la enseñanza

del dibujo en los Institutos de Santa Clara y Menéndez y Pelayo, y ella misma afirma que la ingenuidad de sus alumnos la influyen en el sentido de ir prescindiendo de excesivos intelectualismos. Por otra parte, el ejercicio continuo del magisterio la obliga a un trabajo ordenado y a nuevas visiones de aspectos y de cosas. Su cualidad de maestra beneficia sin duda el aprovechamiento de sus discípulos, a los que enseña a pintar en abstracto, al tiempo que escuchan música o poesía de Neruda.

Es la etapa ahora de especial interés por la pintura impresionista. Le atraen Cezánne y Manet y la conmociona la vida torturada de Van Gogh, comprendiendo que sus inclinaciones van a tender más hacia la pintura emocional que hacia la técnica. De nuevo participa en dos exposiciones colectivas en la sala «El Capitel», que entonces funcionaba en el paseo de Pereda, sin que todavía se sienta centrada en un camino claro. Su añoranza de maestros y compañeros de Madrid y la misma necesidad de mantener un contacto con el mundo del arte la llevan a los «Cursos de Arte» de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, a los que desde entonces no faltará ningún año.

Desde 1966 a 1970 pinta ininterrumpidamente, centrándose cada vez más en su gama de blancos, grises y azules y en sus difuminadas transparencias. En 1970 tiene ya unos veintitantos cuadros, que muestra al que esto escribe. Recuerda su timidez al enseñármelos y su inseguridad todavía de que ello fuese una obra con merecimientos. La animo a exponer y escribo la presentación del catálogo para la Sala Sur. El éxito conseguido y su confianza cada vez ma-

yor en sí misma dan a Gloria esperanzas y toma la decisión definitiva de dedicarse plenamente a la pintura. Justamente el año en que Gloria alcanzaba un puesto en el arte español contemporáneo, éste perdía a un gran artista montañés universal, Pancho Cossío, a quien Gloria siempre estimó como hombre y como maestro.

A partir de este momento, Gloria no deja un año sin presentar exposiciones individuales. En 1971 sería Bilbao (Sala «Arte»); en 1972, Madrid (Sala «Edaf»); en 1973, de nuevo en «Sur» (Santander) y en Alemania (Colonia); en 1974, de nuevo Bilbao (Sala «Arte»); en 1975, en Valladolid («Galería Castilla») y en Madrid («Kreisler»); en 1976, San Sebastián («Galería Echeberría»). Sin contar las numerosas exposiciones colectivas en las que participa.

Gloria Torner figura ya en la primera línea de la pintura montañesa, y la crítica nacional y extranjera han tenido para su pintura juicios siempre positivos y halagadores. Su estilo personalísimo y delicado, sin romper con lo figurativo, llega a simplificaciones magistrales, que se envuelven siempre en una especie de melancolía romántica. Humanamente, Gloria Torner es una mujer reconcentrada, pero alegre. Le gusta el aislamiento cuando quiere crear y la conversación como escape de sus soledades. No resiste el que se entre a saco, como suele ocurrir, en la intimidad de cada hombre. El oasis cerrado de cada uno es insalvable y sagrado. Vive mucho más el presente y le preocupa poco el futuro. Primordialmente sencilla, odia la ficción, los montajes que provoquen situaciones forzadas. Es religiosa por herencia, sintiendo la creencia

más como filosofía que como rito. Se le escapa el problema del hombre en la tierra y no se asusta de la muerte, aunque teme al sufrimiento y a la enfermedad. Pese a lo que pudiera pensarse, ya que el paisaje es casi el fin de su pintura, no es Gloria un espíritu panteísta. Ama la vida y al ser humano, lo que cree importante dentro del equilibrio del universo; éste le resulta difícil de comprender, y si es soñadora, lo es siempre en el ámbito de nuestro mundo. Lo fundamental de la vida para Gloria es la verdad, pero no la absoluta, sino la subjetiva, por la que cada uno debe de luchar sin descanso. Para trabajar le gustaría el campo (herencia de la niñez), y estima las montañas como peldaños para subir más alto. Le repugna el materialismo y el encasillamiento a que obliga la sociedad, pero las dos cosas las considera inevitables, aunque a ella le gustaría que pudiese vivirse en un mundo más sencillo y austero.

El arte es para Gloria el equilibrio de su mente y su mayor pasión. Si se toma vacaciones en la pintura, siente remordimientos, porque le parece que pierde la posibilidad del trabajo, que es su vida y al propio tiempo su «hobby». No la gustan los juegos porque ellos son la más fiel representación del ocio, y éste para ella no existe. Si busca la frivolidad es como una vía de escape de sus concentraciones, creando así un mundo de evasiones intrascendentes. Espíritu inquieto, siente la vida como «acontecere» sucesivos y siempre esperados. Rehuye el estatismo por ser casi trasunto de la muerte. En cuanto a preferencias artísticas, van las mayores hacia el simbolismo, porque Gloria considera al arte como un modo de expresar ideas y sentimientos.

Por ello su pintura está lejos de un clasicismo estructurado y se inscribe en el ámbito de las concepciones en donde la intimidad está siempre latente.

Gloria Torner sigue recogiendo desde su ventana, en Canalejas, las variaciones infinitas de la bahía santanderina. La doble transmisión paisaje-artista y artista-paisaje se produce todos los días desde ese observatorio y se hace perdurable en esos lienzos de inconcretos contornos más contemplados con el alma que con los ojos.

Gerardo Diego veía así a nuestra pintora montañesa, alerta siempre en ese hueco de luz entre la intimidad y la vida:

Desde el balcón de Miranda  
miras y pintas y miras  
Dichosa tú en tu baranda.

## SU PINTURA

En muy pocos años, desde su primera exposición verdaderamente conjuntada y en la línea de su estilo actual, Gloria Torner ha dado pasos gigantescos y apresurados en el camino de la fama. Todos los críticos que de su obra se han ocupado (Leopoldo Rodríguez Alcalde, Azcoaga, Castro Arines, Hierro, García Guinea, Martínez Cerezo, Raúl Chavarri, López Anglada, Carlos Areán, García Viñó, Arturo del Villar, etc.), han coincidido en destacar sus valores pictóricos, su sensibilidad y la personalidad marcada de su pintura. Por otra parte, y debido sin duda a la carga lírica de su arte, se han fijado en ella los poetas. Gerardo Diego le dedica dos bellas poesías, «Balcón de Miranda» y «Kreisleriana». Manrique de Lara, Jorge Guillén, Gloria Fuertes, Antonio J. Machón, Manuel Ríos Ruiz, han transcrito en verso las emociones despertadas por el co-

lor y las veladuras de nuestra pintora. Poesía, música («música de los doce tonos», según Gerardo Diego) y pintura de Gloria Torner son, en el fondo, y en el alma, la misma cosa.

La evolución de la pintura de Gloria Torner es perfectamente explicable y de acuerdo con las sucesivas influencias que recibió durante la etapa de su formación. Técnica y estilísticamente podemos decir que sus lienzos son producto de una asimilación de tendencias anteriores que ella refleja inconscientemente y que consigue —y este es el mérito de su personal pintura— conjuntar y aun ocultar para, al aportar a ellas su excepcional sensibilidad, dar origen a un mundo peculiar de expresión.

En principio, y de una manera general, estimamos que la pintura actual de Gloria Torner es una pintura romántica, no a la usanza de un romanticismo ya pasado, sino en la línea de un neo-romanticismo perfectamente adaptado al momento en que vivimos. Un romanticismo que no ha prescindido de las enseñanzas y adquisiciones de dos movimientos fundamentales para la génesis del arte actual: el cubismo y la abstracción. El modo expresivo de la pintura de Gloria Torner no hubiese podido materializarse —al menos en la medida y estilo que la caracteriza— si estos movimientos artísticos no hubiesen impregnado en esencia el mundo interpretativo de la pintora. Yo diría que impresionismo, cubismo y abstraccionismo han pasado por el tamiz selectivo de Gloria marcándole un camino en donde ella puso lo fundamental: su ensoñador espíritu.

No es, por ello, la pintura de Gloria Torner una pintura de moda, una pintura acomodada al gus-

to de un momento o a las corrientes en auge. Salta las barreras de los encasillamientos para ofrecer algo eminentemente personal y plenamente distintivo. La pintura de Gloria Torner es sólo de ella, sin apenas afinidades y sin muy claros precedentes. Un cuadro de Gloria, un paisaje, una ventana abierta, un bodegón, no puede confundirse con la obra de otro pintor, porque ella sabe poner siempre la firma inconfundible de sus azules, de sus blancos, de sus transparencias líricas.

Que el arte de Gloria Torner y la dicción de este arte, sobre todo, haya tenido hasta su actual manifestación aspectos preparatorios, no empece la afirmación de su indiscutible singularidad. El arte es expresión de vida, y como ésta, se halla sometido a las leyes universales de la evolución. En la biología de la obra de todo artista existe un camino a recorrer que es primero de tanteos, más tarde de afirmaciones y, al final, adquiere virtudes de síntesis que operan siempre en una línea purificadora y reductora. Gloria Torner ha pasado por estas etapas, sin que ello quiera decir que haya llegado a completar el ciclo, pues tal cosa significaría congelar ambiciones y suicidar empeños. «Renovarse...», porque toda creación es una llama que se aviva con el aire de la vida. Un estilo, por muy personal que sea, está permanentemente acomodándose a la variable sensibilidad que produce el transcurrir del tiempo. Lo contrario, en arte, es la parálisis imaginativa y la muerte. Y éste no es el caso, ni la situación de la pintura de Gloria Torner que, al contrario, remonta todavía caminos cuyo final aún no puede preverse, pero que llevan ya una impronta de magistral destino.

Pero nunca —ni en sus primeras obras, las que realiza en Madrid, durante la etapa de sus estudios en la Escuela de Bellas Artes— se somete la pintora santanderina a un academicismo encorsetado. Su temperamento libre, enemigo de fronteras y de límites preestablecidos, alimentado por los paisajes de su infancia y del mar abierto de La Montaña, es incapaz de adscribirse a estructuras ceñidas, a modelos formalmente invariables. Gloria los revuelve desde dentro, sean retratos o paisajes, y pone en ellos una espléndida dosis de rebeldía, que es el elemento primordial de su romanticismo y señal inequívoca de lo que siempre va a ser su arte: el triunfo de la intimidad sobre la técnica, o mejor, la maestría de poner en color innumerables estados de alma. Pero mentiríamos si afirmásemos que Gloria Torner no valora la alquimia pictórica y busca sólo la intuición explosiva de sus sentimientos. Al contrario, su pintura es el resultado de una verdadera lucha por superar la técnica a fuerza de doblégarla, lo que es lo mismo que decir que su obra sólo se va fortaleciendo a través de una concienzuda y permanente «artesanía» purificadora. Al igual que en la poesía, con la que el lenguaje cromático de la pintora tiene su más próximo paralelismo, Gloria Torner «rима» sus cuadros con esfuerzo y trabajo hasta dejarlos en la más pura esencia de lo preciso. Pintura intelectual, casi desmaterializada, que ha ido consiguiéndose en el ejercicio constante de una selección liberadora.

Por esta misma «desmaterialización», por este desprendimiento de los límites concretos, por esta especie de sugerencia constante, de decir veladamente la existencia real de las cosas, co-

mo si tuviese miedo o pudor de definir las excesivamente, hemos considerado a la pintura de Gloria Torner como una pintura lírica, cargada de valores poéticos. Se la ha catalogado también como inequívocamente femenina, por eso de que los contrastes desaparecen y todo queda envuelto en una cierta timidez y en un halo de melancolía. Todo ello es verdad, porque la verdad de las cosas —como las mismas cosas— tiene múltiples aspectos, pero pienso —y siento— que hay algo más en el arte de esta pintora santanderina, algo más profundamente significativo y también más trascendental y valioso. Gloria Torner, como Panchito Cossío, utiliza sólo la materia del mundo como apoyo para sus exploraciones creadoras. La representación o la incorporación al lienzo de paisajes y objetos sólo se hace como pretexto para lograr el nacimiento de un nuevo universo que sólo tiene con el real, con el existente, la sutil hermandad de su esencia. La atmósfera, la luz, hasta el mismo alma de la creación de Gloria, pertenecen a otro sistema de captación de las emociones, todavía más puro, más etéreo, que el que nos es dado contemplar en la geología y en la estructura objetiva de nuestro planeta. Gloria Torner limpia el mundo de pesadumbre y aclara y lima las aristas de lo creado y uno piensa que si tuviésemos una realidad presente y existente tal y como ella la crea —no la ve— disfrutaríamos unas emociones casi primigenias. Porque el paisaje de nuestra pintora adquiere la simplicidad y la limpieza de lo elemental para ofrecernos sólo, a fuerza de síntesis, la casi imposible empresa —y por un proceso en donde no deja la mística de tener su parte—, de separar de la escoria la esencia viva y escueta de las

asombrosas luces que Dios puso en el primer día de la Tierra.

Gloria Torner tiene con su pintura la facultad de suavizar las duras arquitecturas del paisaje, como si inconscientemente pretendiese corregir la plana de lo excesivo, la imponderable monumentalidad de los volúmenes. El mismo mar se aquieta siempre convirtiéndose en un inofensivo espejo opaco que muy poco refleja. Gloria deja resbalar los pinceles hasta que todo, paisaje y alma, se haya equilibrado. Todos los días abre su ventana —no necesita más para sus ensueños— y se pone a repetir creaciones ya creadas, pero siempre inéditas. Como **Monet** pintó repetidamente la catedral de Rouhan para recoger en ella, como pantalla, las distintas luminosidades del día, Gloria analiza los siempre infinitos tonos que un solo hueco hacia el mundo puede proporcionar. Y ni se cansa, ni nos cansa, porque no son las formas, las líneas invariables, las que ella transforma, sino los estados de luz y las cargas de nostalgia y de filosofía que ellas arrastran. No pinta Gloria por sus ojos, lo que equivaldría a trasponer un escenario de espacios y distancias sobre un plano fingido que lo imita. Gloria hace primero una «digestión» del paisaje puramente sensible e intelectual, y cuando éste llega al lienzo viene ya cargado y nuevo, recién nacido y «tocado» por la gracia —que es maravilla— que le presta el alma de la pintora.

Puede ser que lo que yo esté intentando decir sea lo mismo que, con otras palabras, haya ya dicho Arturo del Villar cuando al juzgar la pintura de Gloria se le escapan frases como «**vibraciones interiores**» o «**invención del paisaje desde dentro**». Porque en pocos artistas se intuye

con tanta claridad el proceso de creación. Y prueba de que la pintura de Gloria Torner se produce más en la intimidad de la artista que en los exteriores donde se presentan las cosas, es que toda su obra, tanto en sus paisajes como en sus bodegones, parece vista a través de lo sensible mucho más que de lo real. Cuando una paloma se posa idealmente sobre el alféizar de esa ventana que es como el ojo del mundo para la pintora, aparece estremecida y pura, más como concepto que como auténtica presencia animal. Todos sabemos que es una disculpa para hacer volar el blanco y traer la luz allí donde Gloria la necesita, pero cuando ya está sobre el lienzo, neblinosa y difusa, como un recuerdo casi perdido, sería imposible olvidarnos de ella porque es ya elemento imprescindible de un pequeño mundo —mar, montañas, tarros o flores— que no podemos desde ese instante descrear.

El arte de Gloria Torner, su color, su difuminado acento, adquiere a veces calidades de pintura en seda, porque uno parece descubrir brillos plateados e irisados contornos. Existe una transparencia tal como si por detrás del lienzo entrase la luz a los objetos; y ellos mismos, y el paisaje, parecen aprehendidos no por una tela, sino por la misma atmósfera, por el mismo aire, tejidos milagrosamente en las pinceladas de un cielo inaprensible.

Otro de los aspectos más destacados de la pintura de Gloria Torner es su desinterés por la representación humana, que raras veces aparece. Existe una manifiesta despreocupación de hacer protagonistas de sus cuadros a los seres que viven y sufren en nuestro planeta. Si en alguno de sus lienzos coloca excepcionalmente

una figura lo hace más como aportación simplemente esteticista o lírica que como planteamiento de problema humano. Está allí, en el cuadro, como está la paloma, la flor o el vidrio transparente, como una nota más en la sinfonía de la delicadeza. Son desnudos difuminados como primer término de alguna playa, inconcretos y vibrátiles, sugerencia más que presencia, pensamiento más que acto, idealidad más que vigencia, o si quieren, ensoñación romántica para acentuar al máximo la permanente melancolía de la existencia y del paisaje. No son seres vivos, con sus pasiones y su carne, su pesadumbre o su sensualidad auestas, seres que mueren un día o que pisan las arenas y las rocas, que bostezan o que cantan. Son, al contrario, seres impersonales, almas corporeizadas, sin nombre ni vísceras, son nubes de color que adquieren forma humana y se posan donde la pintora elige, mucho más para acentuar el misterio de las luces que para tomar parte en el concierto inexplicable de la vida. Y el caso es que, esté o no el hombre presente en sus lienzos, nada de lo que pinta Gloria se explicaría sin su existencia, porque ese problema humano que la pintora no quiere proponernos directamente se sobreentiende, se intuye y hasta se sufre en cualquiera de sus cuadros, sobre todo en aquellos en donde la ventana, total o supuesta, presupone un espectador que piensa, medita y vive y que, como en Garcilaso, nadie podrá quitarle «su dolorido sentir». Esa misma ausencia del protagonista, testigo, sin embargo, de la incógnita del mundo, se deduce del sentido intimista de la pintura de Gloria Torner, y hasta de su temperamento más proclive a la sugerencia que al enfrentamiento directo de

las realidades. Ramón Solís precisó la «magia» de este ventanal casi invariable que es la permanente vía de comunicación de esos dos mundos que tan perfectamente Gloria cónexiona: el interior, meditativo y melancólico, puro cobijo quieto del reposo, y el de más allá del corazón del hombre, impertérrito e indiferente, ese escenario siempre ciego a nuestros tormentos. Gloria hace el milagro de impregnar a este último de la misma emoción con que su alma está viendo las cosas, y así le proporciona intimidad, pálpito humano. La ventana es un símbolo, como también lo es la misma pintura de Gloria; es un símbolo de esa interrelación de lo sensible y de lo existente, es el hueco por donde escapan el amor y la tristeza para vertirse delicadamente sobre la insensible perspectiva geológica del paisaje.

La pintura de Gloria Torner, quizá por todo esto, no necesita especiales insistencias figurativas, porque lo que en el cuadro dispone la pintora —barcos, grúas, lomas, casas o nieve— viene ya humanizado desde dentro, se ha decantado previamente en el espíritu soñador de la artista, que nos lo devuelve purificado, descarnado y casi etéreo y sin peso. La brusquedad de la materia, la dureza cortante de la luz, la estructura inequívoca de lo inerte, se transforma por obra y gracia de unos pinceles y de unos colores que son, en el fondo, el lenguaje de un alma, la expresión de una sensibilidad o, lo que es lo mismo, arte, simplemente.

López Anglada acierta, sin duda, cuando utiliza al comentar la obra de Gloria la palabra «**transfiguración**». Porque esto es, ciertamente, lo que la pintora santanderina logra con su pintura: colocarse más allá de las formas, sobrevolarlas y,

más aún, sobrepasarlas. No podemos decir que las destruya hasta el grado de la abstracción, pero sí que está en un medio camino, y casi en el punto límite de la sugestión de lo figurativo. Sin salirse del mundo aparente del hombre que, como hemos apuntado, siempre se intuye, Gloria Torner, a fuerza de pintar sólo las esencias, roza bordes marginales de lo metafísico. Es por ello por lo que, presente siempre en sus cuadros el misterio de las soledades, consigue una atmósfera de melancolía que no podría producirse si su pintura cayese en la vertiente de la abstracción total.

El arte de Gloria Torner es emocional, pero en absoluto pasional. Es un arte sin lucha, sin dolores, sin estridencias. Guarda siempre un equivalente y templado tono de reposo, de pacificación inalterable. Un mundo puro, del que se han arrancado todas las notas hirientes, como si hubiese sido conquistado por una atmósfera de sueño y de dulzura. Hasta las grúas, denterosas manazas de hierro y acero, se convierten en los cuadros de Gloria en inofensivas máquinas contagiadas por esa niebla poética que todo lo invade. Porque el arte de la pintora montañesa huye de la insistencia y de las delimitaciones, no exige nunca la acabada esclavitud de la forma, sino que, tímida y hasta casi inocentemente, se basa sólo en la leve sugerencia en la que el contemplador tiene campo infinito de nuevas sensaciones.

Ahora que con tanta acritud y tanto empeño algunos pintores intentan golpearlos con incitaciones de lucha, de desequilibrio o de esa mal llamada «pintura social» que es un tremendo engaño de oportunismo político o económico, resulta sumamente confortador acogerse a la sin-

ceridad expresiva de Gloria Torner, que con el valor suficiente para saber mantenerse ella misma al margen de toda corriente de moda vergonzosamente igualitaria e inaceptable dentro del mundo creador individual del arte, ha conseguido traspasar su emoción de la vida a la superficie limpia y blanca de un lienzo. López Anglada llama a su pintura **«pacificadora del espíritu»**, y en estos momentos tan escasos de paz, y tan enormemente insinceros, hallar algo que pueda compensarnos de esa falta de la auténtica raíz en el arte nos resulta enormemente consolador. La crítica actual suele pecar de un vicio que sería preciso corregir: se entontece —presionada por la idea de que sólo el arte que renueva merece su elogioso aplauso—, con toda novedad más o menos extravagante y es, por ello, culpable de este intolerable cajón de sastre donde todo tiene cabida y donde se han dejado pasar torrentes de medianías que están ensuciando y bastardeando la limpieza genealógica del arte. Como en tantas cosas, en el desenvolvimiento de la vida moderna no vendría mal un retroceso o, al menos, un pararse un rato en el camino para hacer examen de conciencia. Jamás estuvo el arte —o lo que ahora llamamos arte— tan mediatizado y dirigido por las multinacionales del negocio, por la propaganda y hasta por la política. El arte, sí, es una consecuencia de la sociedad y un espejo fiel de la época. Y por ello mismo, en una sociedad en donde la unidad de medida es el dinero, no parecen, desde luego, extrañas las actitudes que contemplamos y a las que hemos llegado, pero que son, a mi modo de ver, irreconciliables con los principios elementales de la creación individual del arte.

Gloria Torner, como tuvo durante muchos años (los más significativos en la cristalización de la personalidad) contacto directo con el campo y se acoge luego a su ventana (baranda, de Gerardo Diego) oteadora de infinitos estados de paisaje, era difícil que rompiese con esa fuente poderosa de emociones y de nostalgias que es la Naturaleza. Y cuando quiere pintar, que es decir algo «hacia afuera» de todo lo que ella dentro de sí misma siente, se apoya amorosamente en la eterna sustentadora de la vida del hombre. ¿Dónde puede éste trascender su intimidad, de no dejarla seca y geométrica, petrificada en ciencia, si no es al propio hombre o al paisaje? Por muy libres que podamos creernos, por mucho que valoremos el campo ilimitado de nuestra imaginación, el ser humano está sujeto al tiempo y a la geología, de modo que la creación artística, que es siempre reflejo de nuestra humanidad, interna o externa, jamás podrá desligarse de las cadenas a que el destino nos ha sometido. El arte pleno no es sólo color, ni experimentación, ni ensayo, ni mucho menos deseo de aparecer distinto. El arte es simplemente vibración ante el mundo, es sensibilidad transmitida y fijada en algo; por eso no lo pueden hacer las máquinas, porque el arte es sólo del hombre y para el hombre. Y hasta la propia naturaleza sólo se valora en arte cuando ha pasado a través de la retícula «convertidora» del ser humano.

La pintura de Gloria Torner tiende el símbolo. Se ha definido a su paisaje como «paisaje-símbolo», porque aunque procede de la interpretación de un escenario cambiante, la pintora montañesa, a fuerza de acariciar un repetido motivo, lo ha entusiasmado hasta exaltarlo a un ni-

vel casi de ideal o de representación. La bahía santanderina es ya no sólo el emblema de todos los mares de la Tierra, sino también el más purificado esquema del concepto de una pintura, de una manera de sentir artísticamente el mundo. Gloria Torner crea sin apenas tocar las cosas, a las que coloca con sumo cuidado para que no aparezcan excesivamente destacadas sobre la luz del conjunto. Las hace nacer de la misma atmósfera del cuadro, como si fuesen fabricadas con la materia del mar o del cielo. Le asustan los contrastes, las durezas, los términos diferenciados. Ella trabaja con sus colores —levísimos colores siempre, de mil matices sobre el mismo matiz— estirándolos con suavidades apenas cambiantes. La mayor parte de las veces, la «tenuidad» de los azules plomo, grises azulados y blancos componen sus cuadros. Pocos pintores conozco de paleta más exigua, más ahorrativa. Gloria tiñe a todos los objetos de la luz de su cielo, y por eso mismo los volatiliza, los espiritualiza y los hace partícipes de las mismas esencias de su paisaje. Si en algún caso se atreve a marcar con un tono más fuerte cualquier detalle, éste se despega del conjunto como un grito desusado en una noche de silencio. Rodríguez Alcalde, quizá por esto, o por la misma graduación casi imperceptible de las tonalidades, habla del sentido musical «de su pintura». Jamás —o muy pocas veces— pasa de un color a otro sin que entre ambos coloque graduaciones; así consigue un «sfumato» que se acentúa aún más en los bodegones y que encierra al cuadro en una especie de neblina luminosa de amaneceres.

Si tuviese que buscar influencias en la pintura de Gloria Torner, o relaciones más o menos di-

rectas con otros artistas de ella conocidos, me parece que no me equivoco si aprecio ciertas concomitancias en el modo de hacer de Francisco Arias, por una parte, en referencia, sobre todo, a las insinuaciones temerosas de lo figurativo en el paisaje. Esa falta de estridencia que existe en la obra de Gloria existe también en la pintura de Arias. Este es de paleta, sin embargo, mucho más ocre, sin que falten tampoco los verdes y grises plomados. La influencia de Arias, por otra parte, es explicable, ya que Gloria siempre admiró la obra y la honradez del pintor madrileño, y reconoce el enorme atractivo que para ella tenía su pintura. El uso frecuente del blanco es también una característica que les relaciona. Pero tanto la pintura de Arias como la de Gloria Torner tiene también un cierto trasunto de los rasgueos sutilísimos, como bellísimas «barriadas», que Pancho Cossío hacía en sus cuadros. Pero, a pesar de estas posibles relaciones, los tres artistas se despegan en ámbitos estrictamente personales.

Gloria Torner, pintora santanderina, y ejerciendo en Santander, muy poco tiene que ver con ninguno de los artistas actuales montañeses. Pensar ciertamente en «escuela montañesa», como alguna vez se ha pretendido, es algo así como querer mezclar el agua y el aceite porque ocupen un mismo cacharro. Es, además, desconocer el distintivo más peculiar del hombre cántabro: su irreductible individualidad. El artista santanderino es —y muy felizmente en este sentido— un ser primitivo que se opone en principio a todo asociacionismo estético. Repito que este ancestral recogimiento en sí mismo, esta independencia casi histórica (y prehistórica) del

cántabro ha sido tan perjudicial para la política como salvadora para el arte. Que no se busquen paralelos o síntomas de tendencias similares de expresión entre unos y otros por el hecho sólo de proceder del mismo solar. Ni la pintura de Solana tiene nada que ver con la de Pancho Cosío, ni la de éste se parece a la de Riancho, Quirós o Julio de Pablo. Gran y Sanz se escapan por mundos muy propios, y Raba y Celis parecen venir los dos de distintos planetas. Hay, sí, pintores montañeses muy buenos (siempre los hubo); lo que no existe, por mucho que se quiera, es una «escuela montañesa» entendida como aspiración común de ideales y principios estéticos. De esto, nada en absoluto. Y «loado sea Dios». El querer regionalizar el arte es algo que repugna el concepto universalista del mismo. Para bromas «circunscpcionistas» ya tenemos bastantes con las que se pretenden instaurar en otros aspectos mucho más terrenales. Dejemos al menos que el arte no tenga otros límites fijos que aquellos que están más allá de las estrellas.

La temática de Gloria Torner es, como su pintura, como su color, enormemente limitada. Y esto no es, en absoluto, un juicio negativo. Al contrario, significa una peculiaridad de su estilo, de su manera de hacer, o, quizá más bien, de su manera de sentir. Es absurdo pensar que para ofrecerse, o para ofrecernos, el arte de una expresión se necesitan siempre espectaculares composiciones o argumentos completos, como si se tratase de una novela. La pintura no tiene por qué participar de los elementos narrativos, porque no intenta ni hablar ni historiar. La pintura, al menos para el que esto escribe (toda opinión es eminentemente subjetiva), es una manera de

«aparecerse» el artista, es una forma de pensamiento o de ideal manifestado por el color. Hay quien necesita o se exige a sí mismo complicadas estructuras, y hay, por el contrario, quien —sabiamente— se expresa con un número reducidísimo de palabras. La obra de arte puede darse en ambos casos porque ella no es el material acumulado, sino el efecto o el mensaje que produce ese material. Muy poca materia —el átomo de uranio— puede provocar terribles convulsiones. A veces tremendas extensiones de terreno —los desiertos— resultan absolutamente estériles.

Gloria Torner trata el mar, la bahía santandereana y los montes o laderas de su fondo, sin apenas variación de objetivo. Barcos de carga, petroleros, balandros, grúas, visiones apenas entrevistas de la ciudad lejana o de los pueblecitos del contorno. Fachadas blancas en primer término, enmarcadoras, como su ventana, de la luz que se desdibuja en flecos azulados. Más dentro, hacia la misma intimidad de la pintora, las copas, las cerámicas, las flores pálidas, la caracola, la paloma... y poco más ya en su temática, si no es, muy contadas veces, la aparición sólo entrevista, difuminada y pasiva, de un ser humano, para insistir aún más en esa misteriosa meditación, ese sosiego melancólico que se produce desde dentro. Pintura casi de presentimientos, de toques alados, de delicadas sugerencias en donde los ojos y el espíritu se serenán. Nada de rotundidades, ni de definiciones categóricas. Gloria Torner tiene un alma que se esconde entre las nieblas y las palideces. Jamás exige, en sus cuadros, la constancia de su presencia. Nos lanza a su mundo, purificado de afirmaciones,

con una postura pasiva de recogimiento. «Ahí está —parece que nos dice— la esencialidad misma después de todo lo que yo he borrado y suprimido». Y por eso nosotros, como en la poesía, empezamos a componer, con los dos simples cristales de una imagen, todo un rebrilleo sin fin de sentimientos y de emociones.

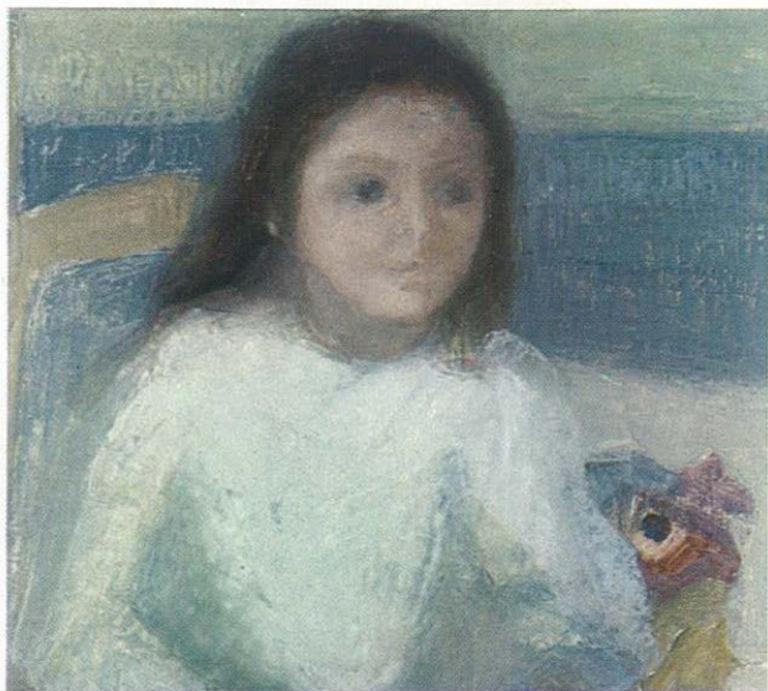
## LA PINTORA ANTE LA CRITICA

ENRIQUE AZCOAGA

La impresión excesiva no tiene que ver nada, por fortuna, con esos tanteos vagorosos a los que se entregan quienes, en arte, carecen fundamentalmente de un lenguaje. El susurro plástico, tan explotado como se sabe por impresionistas y posimpresionistas, no es consecuencia —y susurro hubo en Velázquez, en Corot, en Constable— de una necesidad comunicativa resuelta en determinado tono, sino de las vacilaciones, de las torpezas de todos aquellos que, a la hora de crear formas trascendentes, carecen de fuerza para llevar a cabo su función. En el caso de Gloria Torner, la pintora montañesa, las cosas ocurren de muy diferente manera. Después de una época de planteos formales rigurosos, de primeros pasos, llamémoslos constructivos, el encuentro con su verdadero lenguaje la ha obligado a un alfabeto permeable, delicado, rico en rumores.

Su pintura, que, a un mismo nivel, fue ayer firme, rigurosa, precisa, hace tiempo que se ha convertido en algo lírico, estremecido y sugere. Como consecuencia de una legítima evolución, ternura no es ternurismo, ni vibración ese impreciso planteo que tantos consideran poético. Encontrándonos con un mundo donde la estructura palpita como algo interior, trascendido por un repertorio formal, delicado y entreabierto. Y con susurros plásticos, para continuar por donde comenzamos, en los que la palpitación misteriosa asediada por la artista se integran, gracias al color paladeado, en unidades plásticas muy palpitantes. Gloria Torner no es la cautela al servicio de lo escaso, sino una pintora que atempera en su concierto íntimo caudales previamente dispuestos, dignificados por la sutileza. Gloria Torner, en vez de asordar lo inmaduro, cree —y nosotros con ella— que una madurez resuelta en tono confidencial conquista doblemente y de ahí que su pintura, de una reciedumbre de propósitos innegables fluya, se nos comunique por líricos senderos de legitimidad probada. El valor de lo lírico, que en tantos pintores equivale a subterfugio, supone en esta artista, de gran sensibilidad por lo que al color se refiere, resultado importante. Porque para Gloria Torner, los motivos en que se inspira se descifran más plenamente, en la medida que unas formas de contextura poética contrastada los liberta de vulgares anecdotismos.

Madrid, febrero de 1972.



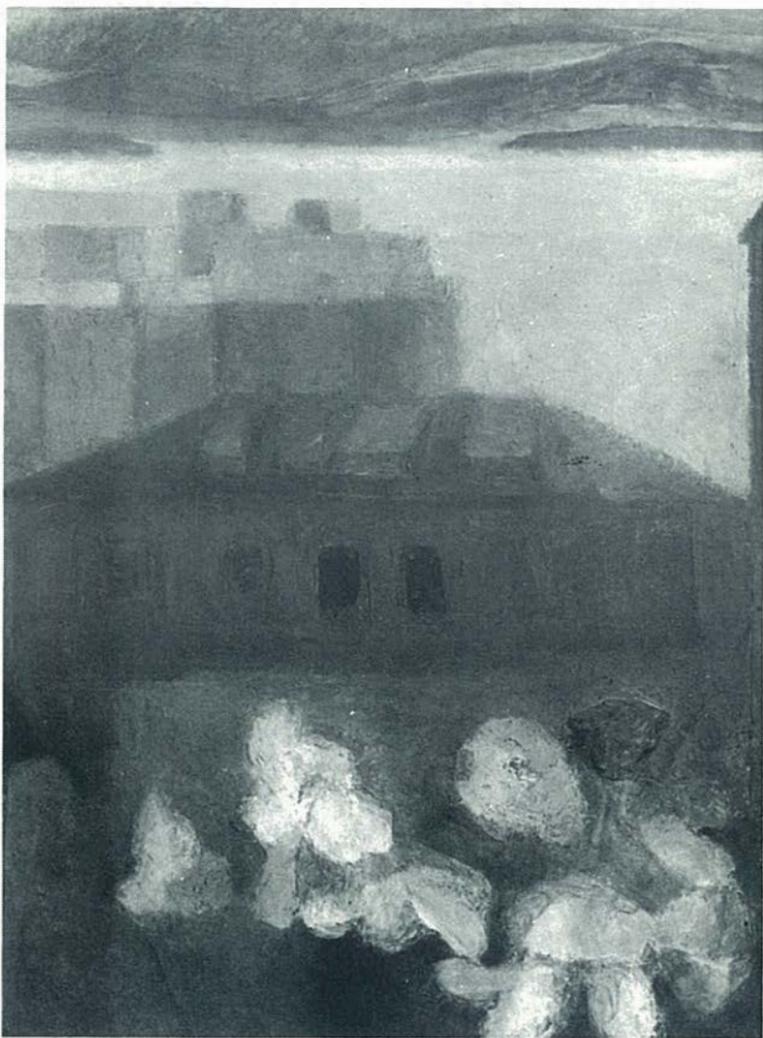
«Flor niña». Año 1968.  
Oleo sobre tablas 0,67 × 0,54.



«Estatuas del Retiro». Año 1962.  
Oleo sobre lienzo 0,82 × 0,67. Colección Caparrós.



«Turbonada en la bahía».  
Año 1965.  
Oleo sobre lienzo 0,40 × 0,36.  
Propiedad: Col. Pereda  
de la Reguera.



«Balcón abierto a las brumas». Año 1968.  
Oleo de 0,60 × 0,45. Propiedad particular.



«El mar se acerca». Año 1972.  
Oleo sobre lienzo 0,65 × 0,54. Propiedad particular. Madrid.



«¿Cómo es el alba?».  
Año 1973.  
Oleo sobre lienzo  
0,65 × 0,65.  
Colección particular.  
San Sebastián.

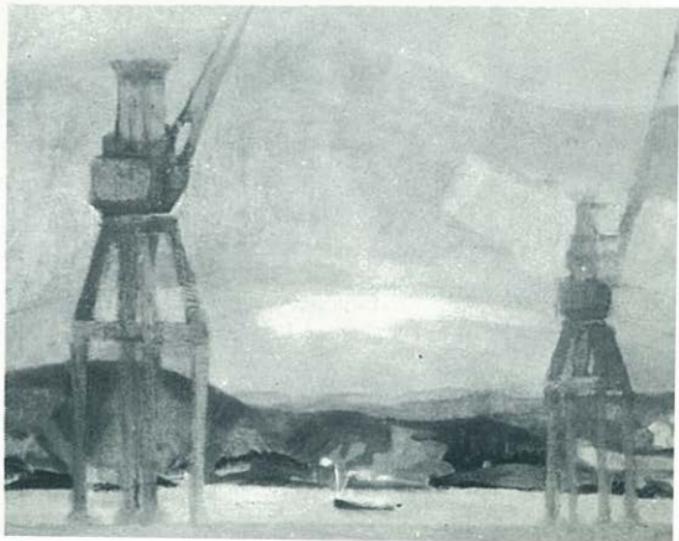


«Muelle de carga». Oleo sobre lienzo 0,26 × 0,25. Año 1973.  
Propiedad: Angel de la Hoz. Santander.

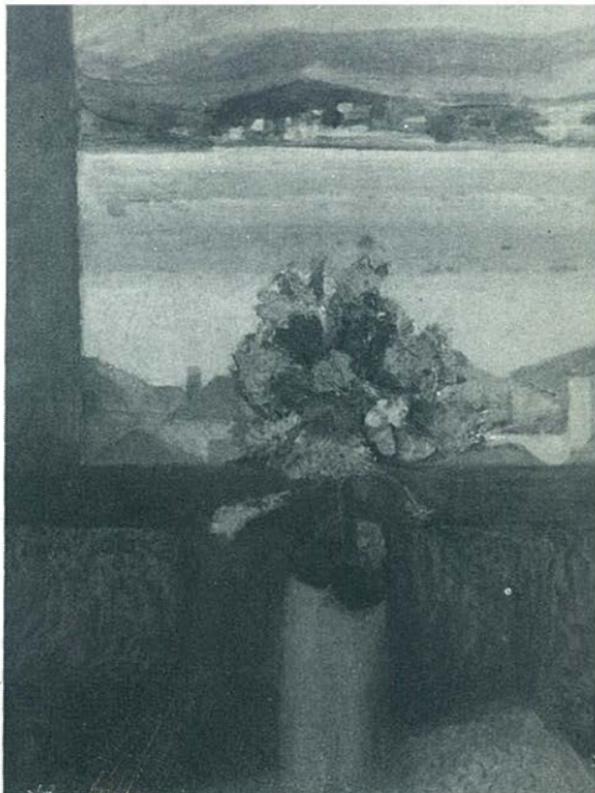


«Sinfonía en azules». Año 1968.  
Oleo sobre lienzo 0,73 × 0,59.  
Colección particular. Santander.

«Diagonales de hierro».  
Año 1972.  
Oleo sobre lienzo  
0,65 × 0,54.

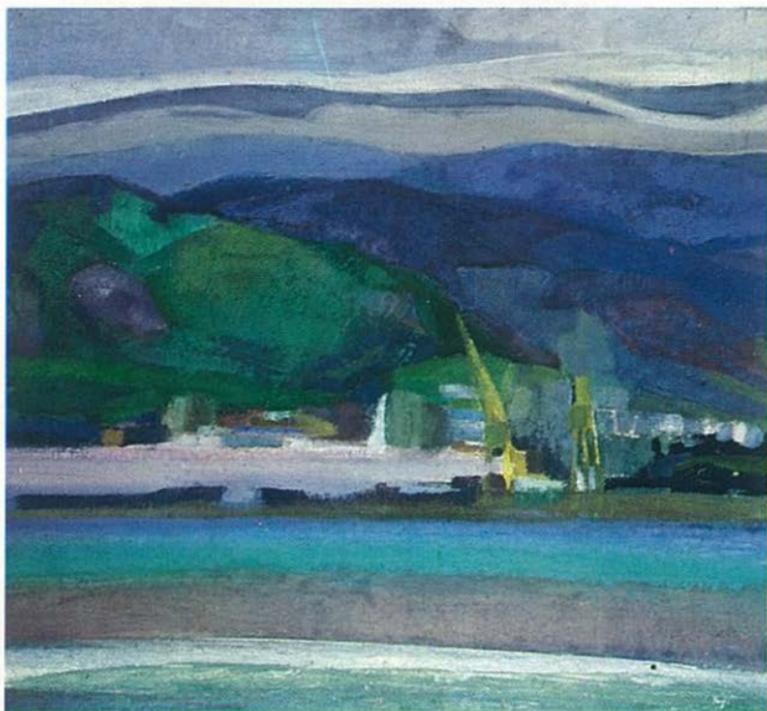


«La última ventana».  
Año 1972.  
Oleo sobre lienzo  
0,65 × 0,54.



«Ventana al mar». Año 1974. Oleo sobre lienzo 1,00 × 0,81.  
Propiedad: Museo de Bellas Artes de Santander.

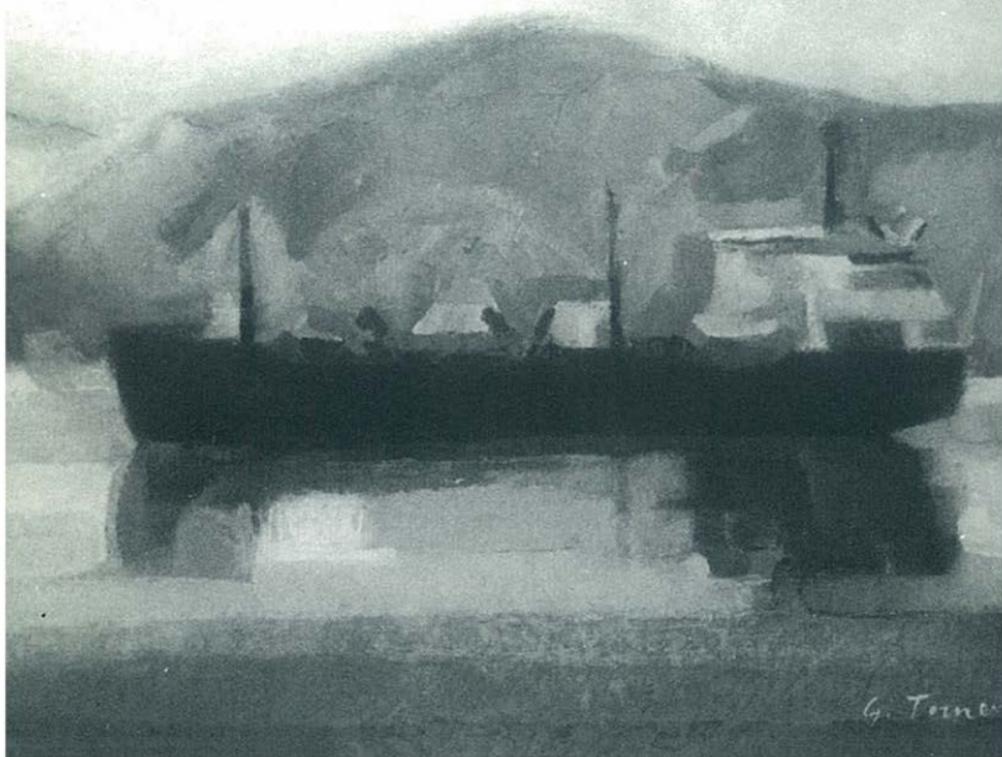




«Tus cinco azules». Año 1973. Oleo sobre lienzo 0,65 × 054.  
Propiedad: Col. señores Montilla. Santander.

«La hora azul». Año 1974.  
Oleo sobre lienzo 0,55 × 0,60.  
Colección particular.





«Navegando inmóvil va». Año 1975.  
Óleo sobre lienzo 0,65 x 0,54.



«Océanico amor». Año 1975.  
Oleo sobre lienzo 0,65 × 0,54.

«Carmen». Año 1976.  
Homenaje a Gerardo Diego.  
Oleo sobre lienzo  
0,61 × 0,50.  
Colección particular.





«Día azul». Año 1975. Oleo sobre lienzo 0,73 × 0,60.  
Colección particular.

«Blancos y copa». Año 1976. Oleo sobre lienzo 0,41 × 0,33.  
Colección señores De Arce.



«En la hora del cristal». Año 1976.  
Oleo sobre lienzo 0,46 × 0,38.





«Mensaje». Año 1976.  
Oleo sobre lienzo 1,00 × 0,81.  
Museo Provincial de Bellas Artes. Santander.

«Transparencia».  
Año 1976.  
Oleo sobre lienzo  
0,65 × 0,54.





«Tibio vuelo cautivo». Año 1976.  
Oleo sobre lienzo 0,65 × 0,54.  
Colección señores Ayllón Martínez.



«Mujer y caracolas».  
Año 1977.  
Oleo sobre lienzo  
0,65 × 0,54.

## ANTONIO MARTINEZ CERZO

Tras la obra de Gloria Torner es fácil adivinar una añoranza post-cubista por los planos. La mancha es importante, pero la línea, el dibujo, los perfiles —demostrado queda por la gran revolución estético-plástica del cubismo— son imprescindibles. «Haced el contorno —decía Artaud a sus alumnos—, luego verted dentro lo que os plazca». Gloria se tiene la lección archisabida. Razón de más para que no desdeñe el dibujo, sino al contrario. Comienza con sus composiciones dibujando a medida que el alma viva del cuadro le va pidiendo formas.

Partiendo de tal parvulario, Gloria Torner se ha ido creando su propio mundo estético. Mundo que, aunque se quieran ver resonancias ajenas, a las que nadie permanece extraño, forma parte de un «sui generis» quehacer estético. Acaso lo más difícil para un pintor sea encontrar el yo de su huella digital en la obra. En el caso presente a las claras queda que su pintura podrá o no gustar, pero nadie niega que es suya.

En la paleta de Gloria Torner no tienen cabida los colores estridentes, ni las grisáceas brumas sus tiempos denunciara Riancho. Y es que tal vez se ha abusado, por parte de los pintores montañeses de una época, de esa brumosa metálica tirando a plomizo. Gloria ve la luz en el paisaje montañés, no por una apriorística toma de posición, sino por lo que tiene. Hace bien, sin embargo, en no dejar que se le desmande. La principalísima virtud de Gloria, está en este término medio que arranca con sus espátulazos. La exquisitez del trazo narra un mundo apacible, sin concesiones a la dulzonería. Más diestra se

muestra en los paisajes vivos que en las naturalezas inertes...

«La Gaceta del Norte», abril de 1973.

## ARTURO DEL VILLAR

Para conocer la bahía de Santander hay que asomarse a los cuadros de Gloria Torner; se realiza en ellos ese fenómeno señalado por Oscar Wilde y tomado por los críticos como una de sus paradojas; la naturaleza imita al arte. Así es, y puede comprobarse en esta exposición que Gloria Torner cuelga ahora en la Sala Sur. Después de ver sus cuadros hágase la prueba de ir a los muelles; la bahía copia los colores y las formas de Gloria Torner.

Cuando expuso en Madrid, la crítica señaló de forma unánime sus cualidades poéticas. Un poeta, Luis López Anglada, escribió entonces: «Algún día llegará el erudito que será capaz de encontrar los puntos de contacto espiritual que existen entre estos pintores cántabros y el grupo de poetas, que a raíz de 1945 fueron capaces de dar a Santander la posesión de una escuela poética con indiscutible personalidad. Gloria Torner, como ellos, tiene la elegancia como norma primera de su arte y la poesía como característica fundamental.

Aquel pintor de la bahía santanderina que se llamó Gerardo Alvear, reconoció (tengo a la vista su letra como dibujada, como un grafismo en busca del arte) la capacidad de su paisana para crear en los lienzos una bahía: una bahía que ha de ser imitada por la de Santander. Lo que hace Gloria Torner es arte; sus grúas y sus barcos y

sus paisajes están en el lienzo como elementos de un todo que es el cuadro. Pero resulta que esa pintura es real, que es así como es. Lo mismo puede decirse de las flores tan sorprendentes siempre cuando aparecen en su obra, con unas características propias. Los girasoles son de Van Gogh, como las anémonas son de Gloria Torner: es cuestión de color nada más. Sobre la exposición domina un aire melancólico que hace pensar en el verso tantas veces citado de Escalante «Musa del Septentrión, melancolía». Hay un tono sobrio dominando sobre los pintores montañeses actuales; Angel Medina, por ejemplo, presta atención sólo a las flores en sus últimas exposiciones, pero son flores igualmente de cromatismo sencillo que no pretende reflejar la luz o representarla, sino sólo ser flores.

Otro poeta, José Hierro, tan vinculado a Santander, lo señaló al comentar en «Nuevo Diario» la exposición de Gloria Torner en la Galería Edaf, el año pasado. «El paisaje, unos cacharros o unas flores convertidos en **estado de ánimo**, es lo que puede caracterizar al arte de Gloria Torner. Quiero decir que en su pintura todo se interioriza, se hace exquisitamente sentido. Por esto es una exposición para verla dos veces al menos, para contemplar despacio los tonos claros, los rasgos sencillos, los trazos simples, capaces de constituir una obra de arte.

Porque eso es lo que son cada uno de sus cuadros, una obra de arte bien trabajada, con una técnica tan sutil que debemos llamarla primorosa. Parece todo sencillo, todo fácil de imitar, y resulta que es eso lo que no se le había ocurrido a nadie antes. Gloria Torner, diplomada en cie-

los y en mares, crea un paisaje que luego nos acompaña por la calle, que estaba ahí reservado para ella y ella ha tenido la generosidad de ir repitiendo en sus lienzos para abrir los ojos a los que quieren ver y no acertaban a hacerlo.

Lo que realiza esta pintora santanderina es una reducción de elementos, para dejar sólo elementos estrictamente urgentes: ni anécdota ni fotografía tiene nada que ver con sus cuadros; la luz viene de los objetos entrevistados y no de los colores, así como la presencia humana se supone y no se ve; en el mundo de Gloria Torner no están los hombres, aunque se adivinan como pobladores de ese paisaje en movimiento, ya que de otra forma nada tendría sentido.

Una de sus notas sobresalientes es, por eso mismo, la animación. El paisaje está en movimiento, desde luego, no es algo decorativo. Ha sabido notarlo con toda precisión el máximo cantor de la bahía montañesa, Gerardo Diego (véase cómo no es posible dejar de citar a los poetas cuando se habla de Gloria Torner); para el autor de «Mi Santander, mi cuna, mi palabra» alejado físicamente de la ciudad, condenado a no ver la bahía que tantas veces describiera en verso, la pintura de Gloria Torner está llena de olor a salitre y del ajeteo del puerto. En la añoranza contempla estos lienzos. De ahí que le diga en el poema que le ha dedicado: La vida —quieta— camina. Que ya, que sí, que ya está. Fondea ahí. No lo toques. Navegando inmóvil va.

Ese navegar inmóvil es la característica principal de su pintura. Ese palpar un aire capaz de sentirlo en los ojos cuando vemos sus cuadros. Esa imagen de realidad no buscada ni

querida por una servil imitación de la realidad, sino creada a imagen y semejanza de su visión interior. Y es que Gloria Torner da calidad al paisaje cuando lo inventa para ella desde dentro y sucede como por milagro que ese paisaje lo encontramos alguna vez: claro está, es su paisaje, no una postal soleada del rincón más bonito; es precisamente ese trozo donde ella se mira y desde el cual nos mira; no es agua para Narciso, sino un agua y unos barcos y unas casas y unas flores para que aprendamos a verlos a nuestro alrededor.

Así lo ha visto Gerardo Diego cuando avizoraba en la lejanía la estela de los barcos en el mar. Y así le ha dicho. Desde el balcón de Miranda, miras y pintas y miras. Dichosa tú en tu baranda ...y miras y pintas. Tocas en el piano del paisaje tonos de algas y calocas.

Así quedan los azules, los grises y los blancos del cielo santanderino reflejándose en sus cuadros. Gloria Torner es un lujo de la pintura montañesa, tan rica en estos años, tan en primera línea por sus diversos cultivadores.

Ella ha logrado un estilo original distinto a todos: muchos han pintado la bahía santanderina, pero sólo ella ha conseguido que la bahía imite sus tonalidades.

Diario «Alerta», 26 abril 1973.

## LEOPOLDO RODRIGUEZ ALCALDE

Gloria Torner inició su obra pictórica con el empleo de tonalidades recias, y ha evolucionado después hacia una coloración de lírica suavidad. Mostró siempre predilección por el pai-

saje marítimo, tal vez sugestionada por el espectáculo que diariamente se ofrece a sus ojos, y que hace tiempo obsesionó también a Gerardo de Alvear. La pintora rehuía el efecto del sol, para apreciar mejor de la belleza de los matices en la atmósfera gris, que unifica poéticamente el azul plateado del agua y el verdor de los montes vecinos. Colorido que, en anteriores demostraciones, manifestábase con más escueta fuerza, señalándose la composición por su sencillez, bien emparejada con la fina austeridad del paisaje evocador.

La producción reciente de Gloria Torner tiende al esfumado del color y del dibujo con notable acierto en un procedimiento que puede aproximarse a la blandura. Gloria Torner ha conseguido evitar ese escollo, pues se detiene en el límite entre la delicadeza y la debilidad, logrando su éxito merced a un exquisito sentimiento de la matización. Las coloraciones enteras se sustituyen por una cuidada gradación de las tonalidades, y así se consiguen los más refinados efectos de neblina o de gracil luminosidad en el agua, logrados con singular sensibilidad visual.

La pintora ha sabido extraer temblor poético de la silueta de las grúas, de los accesorios prosaicos del puerto, que adquieren encantadoras reverberaciones colorísticas al reproducirse en el agua. La visión de la costa en la pintura de Gloria Torner es a la vez real y soñada, afilando aquellas facetas que más se aproximan a un sentido casi musical del paisaje. La maestría adquirida por la pintora permítele forjar sutiles ligerezas sobre una base sólida de cromatismo y de composición.

Con frecuencia intervienen las flores en los

lienzos de Gloria Torner: flores también irreales. Estas flores son, ante todo, trozos de color, finos fragmentos de pintura, que cumplen misión de establecer equilibrios o contrastes sobre los fondos de apacible bahía con los que tan identificada se siente la inspiración de la pintora.

Diario «Alerta».

## ANTONIO CORRAL CASTANEDO

Utilizando unas gamas suaves, unas tonalidades húmedas —con sabor a salitre, a oleajes y a gaviotas— despliega esta artista montañesa los grises y los verdes azulados del mar. Los colores, sin apenas materia, sin apenas peso, evolucionan y se desflecan lo mismo que la humareda de un barco lejano o como una bruma a la que empezara a romper y a taladrar la respiración fuerte de la mañana.

Plasma los reflejos extractados y la transparencia en esquema del agua, con manchas amplias y decididas. Y, junto al mar, el presentimiento o la evocación de unas grúas, de unas fachadas de puerto, de unos botes o de unos balandros que cabecean. Mas he aquí que estas realidades nos llegan traspasando sus delicadas neblinas azulencas, sus nubes violadas, sus aleteos verdosos. Y es como si la verdadera realidad hubiera sido sustituida por sus reflejos. Cual si éstas sus realidades insinuadas y etéreas las contempláramos evolucionando en las profundidades del agua; cual si fuesen realidades sumergidas en la bahía o en el ensueño.

Gloria Torner condensa en determinados lienzos, esos sus cromatismos acuosos a los que la

emocionada sensibilidad de sus pinceles hincha como si fuesen velas de una fragata. Les condensa, les acota en espacios, los define en planos más concretos. Y el color se enfebrecer, se torna más firme y agresivo, sin renunciar del todo a sus suavidades. Con ello sus composiciones alcanzan una más definitiva y convincente expresividad.

Junto a estas indagaciones o lucubraciones marinas, yo quisiera destacar la gracia y la belleza de los bodegones. En ellos, Gloria Torner aclara y adelgaza los grises, intriga los fondos con claridades que piensan en el blanco.

Los objetos se diluyen en ocasiones como si alguien les hubiera incendiado para dejar allí tan sólo su recuerdo o sus cenizas. Otras veces esos objetos fortalecen sus entonaciones, iluminados por un resplandor que brota desde su interior. Gloria Torner les modera y les frena en sus ímpetus con un despliegue de veladuras. De tal manera que su expresividad se reconcentra. En lugar de volverse hacia fuera, se repliega hacia dentro, hacia la íntima quietud del lienzo. Y yo diría que se escucha —al caer en la sima de la tela, al resonar en su hondura— toda la bella fuerza contenida de sus restallidos.

«El Norte de Castilla». Valladolid, 22-2-1975.

## ANTONIO MANUEL CAMPOY

He aquí también un realismo nuevo, que no se exagera en los detalles ni aspira al testimonio de una situación social determinada. Gloria Torner poetiza la naturaleza, la libera de toda posibilidad agresiva. Su pintura se funda en un refina-

miento del color, suave y sutil como una buena tarde santanderina.

«ABC». Madrid, 27-4-1975.

## M. AUGUSTO GARCIA-VIÑOLAS

La espuma de color con que pinta sus cuadros Gloria Torner ha encontrado la esencia del paisaje, pero todavía no la presencia de la figura. Esta pintura emocionada, donde todo contorno se diluye en la blandura del color, sabe hallar las sensaciones de un paisaje en sosiego, el reflejo manso de las aguas de un puerto o la naturaleza muerta en plena lozanía, pero la palpitación que debe acusar siempre la presencia humana alteraría su placidez de forma y de color, el suave tacto de un estilo que le confiere al óleo la grata encarnación del pastel. Es pintura de estar y no de ser, de un bien estar luminoso en espacios conmovidos de azul donde viven inmersos los otros colores, siempre en estado de gracia y fluidos en una elegante entonación.

Diario «Pueblo». Madrid, 16 abril 1975.

## JOSE DE CASTRO ARINES

Sin abandonar sus formas querenciales de la pintura, ayer familiar, se ha afirmado en sus modos, ahondando en ellos, purificándolos, revitalizándolos, manteniendo viva una unidad en su pintura que tan grata y sosegante es al ver.

Diario «Informaciones». Madrid, 12 abril 1975.

## JOSE HIERRO

En el fondo, lo que ocurre es que Gloria Torner es una pintora fauve sobre cuyos cuadros ha caído la niebla. Los colores han perdido su condición salvaje al sumergirse en la atmósfera planteada, como de anís con agua. Toda su tarea consiste en convertir la realidad en recuerdo, en melancolía. Embarcaciones, flores, casas asomadas al cristal de su bahía; éstos son los temas predilectos. Son asuntos familiares, largamente vividos y sentidos. Por eso no hay en su pintura la sorpresa instantánea del turista, sino el sentimiento personalísimo de quien, cuando ve lo anteriormente visto, compara dos imágenes: presente con pasado; lo nuevo con lo integrado en el espíritu. Es un arte intimista si entendemos lo de «intimismo» con ciertas matizaciones. Y como materia propia de la intimidad, necesita una paleta sin estridencias de medios tonos y matices, más que de fuertes oposiciones cromáticas.

Gloria Torner, me parece, ha depurado su expresión, acaso porque ha depurado antes su visión. El caso es que las obras que expone en la Galería Kreisler nos dejan la impresión de que todo ha sido hecho sin luchar, dejándose llevar por el impulso inicial. Resulta así una pintura plácida, pero no decorativa (en lo que lo decorativo tiene de superficial y menor). La realidad, diríamos aplicando al caso los versos que Gerardo Diego dedica a su paisana, «navegando inmóvil va».

«Nuevo Diario». Madrid, abril 1975.

## JAVIER DE BENGOCHEA

Paisajes y algunos bodegones en esta muestra de la delicada y sensible pintora Gloria Torner. Se trata de una pintora lírica, entonada en azules, en verdes y en violetas. El registro de esos tonos en la retina y en la sensibilidad de la pintora es amplísimo. En sutiles matizaciones, ayudadas también por un eficiente sentido de la pasta. Gloria Torner modula su sinfonía colorística clara y alegremente.

Una delicada geometría construye con rigor los cuadros. Y el resultado es una pintura muy amable, poética, con notable calidad plástica.

«Gaceta del Norte». Bilbao, 20 abril 1974.

## RAMON SAEZ

La pintura de Gloria Torner es un prefacio pictórico, por lo libre de su factura, por el papel que concede al color. Aun cuando utiliza las tintas planas y rechaza la disminución de intensidad, el color conserva siempre un valor especial. Y este aporte característico de sus cuadros resume la superficie de los volúmenes en planos esenciales. Pocas veces la pintura femenina consigue, como en este caso, valores tan sutiles y concentrados.

En sus paisajes de Santander, el clima supone una revelación. La bahía dilata y concentra al mismo tiempo la función de la pupila. Expresa una afinidad con el recuerdo. Desaparece así la sombra concentrada en la vibración del contorno para ceñirse a la silueta de barcos y montañas.

Pero el arte de Gloria Torner no es improvisación: sus composiciones no son circunstanciales, sino estricta y voluntariamente construidas. Viene de una sensación poética hondamente realista. Y las obras así inspiradas, cuando dejan de ser sorpresa, conservan un valor ejemplar por su autenticidad, de la cual da testimonio el sentimiento de vida que sugiere.

Diario «Arriba». Madrid, abril 1975.

## JOSE MARIA BALLESTER

Como un remanso de poesía y de nostalgia, la obra de Gloria Torner en la Galería Kreisler, de la calle de Serrano. Paisajes emocionales, brumosos, donde una especie de poética niebla suaviza los colores y tiñe de melancolía toda su obra. Paisajes ideales, en definitiva, que no se limitan a transcribir la realidad, sino que la recrean en el misterio, tomando los elementos que mejor la convienen de cada paraje, de cada marina o de cada rincón de su tierra montañesa.

«Batik», núm. 14, abril 1975.

## MARCELO ARROITA-JAUREGUI

... Las ventanas de Gloria Torner a veces son manifiestas, están en el cuadro con sus cuatro lados, con su antepecho y sus cristales, sus cortinas y sus objetos familiares, en primer término. A veces no están señaladas, pero están obligadamente supuestas. Gloria Torner contempla el mundo a través de ventanas, de las ventanas

de su casa. Y por eso a través de las ventanas se adivina que el pintor de sus cuadros —pintor en cuanto que sabe pintar y se coloca entero en su pintura— es una pintora. Las ventanas de Gloria Torner, además, dan a un paisaje entrañable y doméstico, soberano de belleza, rico en gamas de color, sobre el que a veces se levanta, se despinta, se funde con su escenario, alguna figura humana, fugitiva e ingrávida, pero siempre junto a una ventana. Gloria Torner pinta desde su casa, desde su alma. Su alma y su casa dan sobre la romántica bahía de Santander, que está en todos sus cuadros, como una música hecha luz y colores.

Yo lamento que estas crónicas mías siempre resulten crónicas de una nostalgia, pero cuando uno se asoma a las ventanas sobre la bahía que son los cuadros —leves, ligeros, inmóviles, rosas, grises, azules— de Gloria Torner, la nostalgia le muerde como una fiera y vuelve a provocar el fenómeno irremediable.

En una galería madrileña, Gloria Torner ha abierto sus ventanas. Y para el cronista entró una bocanada de algas y calocas, para decirlo con palabras poéticas de Gerardo Diego. Y la semana se le fue a ese cielo.

«Alerta», abril de 1975.

## LUIS LOPEZ ANGLADA

... Si los poetas santanderinos se han recreado en la pintura de Gloria Torner —ya veremos luego cómo también José Hierro lo hizo, y también Arturo del Villar— es porque, sin duda, ella

ha sabido trasladar a la pintura, de una manera análoga a como lo ha hecho Luz de Alvear, esa sutil atmósfera que sólo los ojos de los elegidos son capaces de captar. Dijimos alguna vez que en Santander los poetas se caracterizaban por la sutileza y serenidad de sus conceptos, sin que nunca la estridencia rompa el sosiego del lector de sus versos.

Acaso Julio Maruri y Carlos Salomón fueron los que con más claridad expusieron estas constantes de la poesía montañesa, que ahora observamos afín a los pinceles de esta mujer excepcional. Para Cocteau, la poesía consistía en «calcar lo invisible», pero para Gloria Torner parece que la esencia del arte estriba en traducir a nuestra pobre comprensión de espectadores toda la delicadeza del cielo, la tierra y el mar santanderinos.

Podemos pensar que Gloria Torner nos canta su melodía «sotto voce», con cuidado de que no hieran los ojos las luces, ni los oídos las notas fuertes. Y por eso gusta de volverse también al interior de su vida cotidiana y coloca en los jarros, casi invisibles de puro transparentes, flores que adivinamos con aroma sutilísimo, casi aladas, casi sugeridas en su aérea matización.

Eugenio d'Ors definiría esta pintura como afín a las formas que vuelan, las que casi están a punto de convertirse en música, aunque aquí creemos que tienden más hacia la levedad del verso, de la palabra musitada, de la enamorada quietud. ¿Soledad sonora? Tal vez no estemos lejos de todo ello.

Algún día alguien, el que tenga conocimiento para ello, vendrá a explicar el gran misterio de la posesión artística de las gentes de Santander.

De improviso, la pintura y la poesía aúnan espíritus y aparecen nombres estelares que ya no pueden separarse de la historia de la cultura de nuestro tiempo. Es el tiempo en que los festivales de la música eterna se despliegan en el recinto, casi mágico de tan silencioso, de la plaza porticada. Y junto a ella, mientras el sueño de la música pasa del piano a los versos de Gerardo Diego, a las canciones de Hierro, Maruri, Marcelo, Salomón, Arce, Nieto, Villar, para eternizarse en los ojos apagados de Hidalgo, las manos de Gloria Torner lo transforman en sugerencias de azules, de grises, de plata donde canta el mar y donde el alma se serena porque ha tocado la luz no usada que sólo sus ojos han sido capaces de calcar.

«La Estafeta Literaria», núm. 558, 15 febrero 1975.

## RAUL CHAVARRI

La invasión del mar que en unos cuadros se realiza queda completada en otros con la crónica del puerto, pero una vez más la artista rehuye todo pronunciamiento exacto, todo acercamiento a un descriptivismo que podría ahogar la inspiración, la poesía y la armonía de la pintura. Los barcos de Gloria Torner no son las frías reproducciones de la litografía decimonónica; son más bien un presentimiento de quillas y de singladuras, barcos más propios para el sueño que para la navegación y que juntos parecen narrarse unos a otros confidencias de países lejanos.

Uno de los cuadros constituye la contra-

partida, la réplica de estos fantasmagóricos navegantes. Representa una figura de mujer, «Ondina» supone su título, delante de una playa definida por uno de estos arenosos puntales santanderinos sobre el que parece aletear un vuelo de misterio. Esta es, quizá, la clave de toda esta pintura. Con la descripción y el despliegue de una realidad fugitiva que deliberadamente se va de ante nuestros ojos, con los balcones abiertos al mar y a la nube. Gloria Torner ha querido simplemente decir algunas de las frases del enorme diálogo, del rico coloquio que mantiene la soledad con la distancia: la mujer que permanece en la playa con los barcos que parten a enriquecerse de espumas.

«Gazeta del Arte», núm. 45, 15 mayo 1975.

## CARLOS AREAN

... No podemos disociar el mar de Gloria Torner de su color. Es un lugar común de la crítica de arte, que existe un lenguaje del color. No comprendo ese lugar común porque, aunque es cierto, hay muy pocas ocasiones de comprobarlo. Abundan los pintores —terrible paradoja— que no son ciegos para el color en sí mismo, pero sí para sus resonancias más sutiles. Lo más revelador de un lenguaje no es, de todos modos, comunicar lo preciso «mesa», «silla», «canario», sino lo que en última instancia es inaprehensible «delicadeza», «libertad», «origen», pongamos por ejemplo. Estos últimos vocablos sólo se pueden captar, en cada caso y en cada aplicación concreta, a través de una multitud de connotaciones que les dan su sentido en el caso

en cuestión. Así acaece con el color y el matiz, con las degradaciones de su luz y con ese resbalado inefable con el que unos valores se hacen carne y sangre de los que subyacen bajo ellos o se les aproximan en ondas fugaces.

Gloria Torner, pintora de Santander, en donde el mar puede tener escamas de acero bruñido o transparencias de rocas batidas, en espuma palpable, prefiere el matiz a la pura presencia. De ahí que en ella el color sea lenguaje de seres humanos y no tan sólo pura presentación de objetos intercambiables. No habla de mesas, canarios o sillas de inequívoca comprensión, sino de todo cuanto constituye una fuga en el tiempo. Su pintura es así de temporal e inasequible en esencia como nuestras propias vidas. Incluso cuando ella dice de un cuadro suyo que «ya no vale», lo que está diciendo en realidad es que ese momento se ha escapado ya de su retícula de preocupaciones y que lo que valen son otros proyectos o sueños, los pinte o no los pinte mejor o peor que la experiencia ya desechada. Es, por tanto, la suya, como la de Cossío, una pintura de la transitoriedad, pero también, por ello mismo, una pintura eternizada, porque cuando las horas se acaban son, en el último recuerdo, los más fugaces instantes los que atraen nuestra mirada y retienen nuestra más primigenia ternura. Gloria hace una pintura que constituye su propia radiografía, y la hace con esa pudorosa sencillez que tan sólo es posible cuando se tiene una auténtica calidad humana y se es, como diría nuestro entrañable don Antonio, «más que un hombre al uso que sabe su doctrina, en el buen sentido de la palabra».

«La Estafeta Literaria», núm. 600, 15-11-1976.

## JOSE CAMON AZNAR

Porque así son sus cuadros de delgados, de transparentes, de tímidos. Con la materia apenas rozada, posada con ternura, pero modelando todos los matices que construyen las formas.

Pintura íntima, en cuanto poetiza los temas y evita los fuertes contrastes y los rudos perfiles. Este intimismo coloca a Gloria Torner en la línea de la más pura modernidad: esto es, de la inserción del alma en las representaciones artísticas. No traiciona el modelo, pero sí lo utiliza para que con él construya su espíritu unas formas que son expresión más pura.

No hay que decir que la gama de sus cuadros es la más apropiada para esta fina sensibilidad: azules, grises, rosas. Todo ello leve, translúcido, con una fluidez cromática que unifica todas las cosas en la misma corriente tonal.

Ha sabido elegir Gloria Torner los asuntos que mejor se adaptan a su delicada inspiración. Cielo sin fuego, tierras inconcretas, brumas sin espesor y esas marinas donde el agua es un pretexto para que allí el alma se deleite. Y resultan unos cuadros apaciguados, líricos, donde todo aflora en leve tránsito, en un impresionismo, pero sin ruidosas pinceladas ni exaltaciones lumínicas.

Presentación catálogo Kreisler, 11 octubre 1977.

## LOS POETAS Y GLORIA TORNER

### Kreisleriana

Hoy canto por alegrías  
a tu balcón de Miranda  
frente a la peña Rocías.

Mi compromiso era prosa,  
pero a mí me sale el verso  
como ahora al rosal la rosa.

Tú eres Gloria la Tornera,  
eres dos y estás allí  
y estás aquí, en cuerpo, entera.

Estás allí, Aparecida,  
pintando y aquí exponiendo  
tu pintura enaltecida.

Música de Schumann cantas,  
cantas Kreisleriana nueva  
de Maliaño a Las Quebrantas.

Porque tu pintura es eso:  
música en los doce tonos  
trenzándose de embeleso.

Los rosas y los canelas,  
los traslucos esmeraldas  
y los blancos en tus velas.

Y el mantel de limpio apresto  
con dos flores modulando  
la castidad de su incesto.  
Tus cinco azules mostrando  
—uno, dos, tres, cuatro, cinco—  
tus amarillos almados.

Por pintar nuestra princesa,  
a prueba de injuria y furia  
tienes ya tu gloria expresa.

Noche y día te habla Pancho,  
llora Alvear de alegría  
y te bautiza Riancho.

Gerardo DIEGO

**De Gloria Fuertes, en niña,  
a Gloria Torner, en pintora**

Sentadita en su balcón  
y yo la estaba mirando,  
porque Gloria estaba en Gloria  
con su pincel en la mano.

Con su pincel en la mano  
—de tantos blancos y azules  
se la convertía en nardo—.

Con su pincel en la mano,  
Gloria está escribiendo versos  
de colores sobre un cuadro.

\* \* \*

Cuadros dadivosos, monedas cuadradas  
—son islas de paz,

no te dañan nada—,  
pinta, porque pinta como tiene el alma,  
azul por los bordes  
blanca por la playa.  
Si al pintar un día tiene triste el alba...  
¡Qué bien difumina! ¡Qué bien se lo calla!  
(No es que no le importe las cosas que pasan,  
es que generosa, nos hace olvidarlas.)

Un cuadro de Gloria  
al pie de mi cama;  
soy de tierra adentro,  
tierra roja y parda;  
necesito azules jugosos y algas,  
contemplar sosiego,  
rumor de olas y alas.  
¡Qué bien reposada queda la mirada!  
En época de odios y tanques en playa...  
¡Qué cuadros de paz pinta mi tocaya!

Gloria FUERTES

### **Firma femenina para un lienzo de espumas**

El Arte de ser mujer.  
La norma de ser y estar.  
¡Quién los pudiera pintar,  
quién los pudiera tener  
(caracola en Santander,  
niña anémona en el mar),  
y en su recuerdo tornar  
y en su pintura torner!

José Gerardo MANRIQUE DE LARA

## CORREOS

A GLORIA TORNER.

*Llegaban por el aire  
Correos deliciosos:  
Aromas de jazmines,  
Y con su Andalucía,  
Y allí mi juventud,  
En este mi recuerdo  
—Idea sólo ya—  
Más consciente, más pura.  
Aquello tan vivido  
Lo sé mejor ahora.*

Jorge GUILLEN

## ESQUEMA DE SU VIDA

### 1934

- Nace el día 31 de marzo. Dos años antes, el día 5 de abril, muere en Francia la más grande de las pintoras contemporáneas, española y montañesa, María Gutiérrez Blanchard. Gloria descende por vía materna de la familia de Casimiro Sainz. Pasa una infancia sencilla en el campo.

### 1945

- Hace el ingreso de Bachillerato en Santander, estudiando en el internado Teresiano. El 24 de junio muere en Madrid otro gran pintor montañés, José Gutiérrez Solana.

### 1951

- Asiste a las exposiciones de la Sala Proel, instalada en un barracón, después del incendio de

la ciudad en 1941. Conoce aquí la pintura de Vázquez Díaz, Francisco Arias, Menchu Gal, García Ochoa, Carla Prima, etc. Vio también, en julio de 1951, la exposición de los pensionados de Santillana del Mar.

### 1952

- Termina Magisterio, habiendo sido alumna de dibujo de Cobo Barquera y José Cataluña; el dibujo es la única asignatura que le interesa. Sigue frecuentando exposiciones y recuerda la inauguración este año de una nueva galería de arte, Galería Sur, en Santander, que abre un joven poeta y escritor, Manuel Arce.

### 1953

- Asiste en la Plaza Porticada (Festival Internacional de Verano) y escucha la «Novena sinfonía» de Beethoven por la Orquesta Nacional, dirigida por Ataúlfo Argenta; la música, la poesía y la pintura irán unidas en su pensamiento artístico.

### 1957

- Mancha muchas telas y dibuja mucho al carbón.

### 1958

- Se traslada a Madrid para preparar el ingreso en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando; el ambiente en Madrid es favorable para una formación completa. Allí conoce a Celis y a Lorient.

### 1959

- Dibuja hasta diez horas diarias; da clases con el pintor Manau, discípulo de Sorolla, y en la

Sala de Escultura Clásica del Museo del Prado, y libre en la Escuela de Bellas Artes, trabaja amistad con Jorge Castillo y escucha sus ideas sobre el arte.

### **1960**

- Ingresa en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y obtiene por oposición la beca de la Excelentísima Diputación de Santander. Conoce a los pintores Julio de Pablo y Manolo Raba, en su etapa de investigación, así como la obra de Sanz y Medina.

### **1961**

- Tiene interesantes compañeros de promoción, como Escalona Marcoida, y excelentes profesores (Villaseñor, Donaire, etc.). Conoce a Vázquez Díaz y a su paisano Pancho Cosío, cuya técnica admira, pues entra dentro de su sentido de la expresión.

### **1962**

- Estudia a fondo el Museo del Prado, y en él, los primitivos italianos, especialmente a Fray Angélico. Se interesa por la obra de Giotto y sus azules. Es seleccionada todos los años en la Escuela para el premio de composición y colorido.  
Este verano, en Santander, conoce al pintor Gerardo Alvear.

### **1963**

- Paso del Ecuador en la Escuela de Bellas Artes. Se organizan muchas actividades y toma contacto con varios pintores de la Escuela

de Madrid que colaboran al viaje con sus cuadros.

Este verano estudia detenidamente el impresionismo. Inicia su etapa pictórica de ocres.

### 1964

- Exposición individual en el Ateneo de Santander. El Museo de Bellas Artes de esta ciudad adquiere un cuadro; presenta el catálogo de esta exposición el crítico de arte Leopoldo Rodríguez Alcalde.

### 1965

- Último año de Bellas Artes. Gloria destaca en paisaje. Toral es ayudante de la cátedra de Movimiento. Su promoción hace el viaje de fin de carrera a Egipto. La pintora realiza un viaje de estudio por Alemania y Holanda, visitando el Museo Nacional Kröller-Müller, el Wallraf-Richartz Museo, etc. Hace una exposición individual en la Sala de Arte Capitel. La Excelentísima Diputación de Santander adquiere un cuadro de la artista. Contrae matrimonio este año, y vive y pone su estudio en Santander. Frecuenta las tertulias de pintores; trata a Francisco Arias, a quien debe mucho en su honradez en la pintura.

### 1966

- Pinta y da clases como profesora de dibujo en el Instituto de Santander; este año nace su hija María Gloria.

### 1967

- Busca su camino en la pintura, que alterna con las clases de dibujo. Prepara un trabajo

sobre nuevas técnicas de expresión en el arte, sobre la teoría de la UNESCO. Exposición individual en la Sala de Arte Capitel. Asiste al curso de Arte en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Es nombrada vocal de la Junta de la Asociación de Artistas Plásticos de Santander.

### **1968**

- Pinta todo el año y da clases de dibujo en el Instituto; asiste en verano al curso de Arte de la Universidad Internacional, que versa sobre «Críticos de las Artes». Conoce a Gregorio Prieto, Redondela, Vela Zanetti. Habla y discute mucho de arte, conciertos, etc.

### **1969**

- Trabaja mucho; prepara cuadros para futura exposición, pinta repetidas veces el tema del mar, ya con una paleta gris, y se interesa por la obra de Quirós y Solana.

### **1970**

- Exposición individual en la Sala de Arte Sur. Presenta esta exposición Miguel A. García-Guinea. Fallece en Alicante, el día 16 de enero, el gran pintor montañés Francisco Gutiérrez Cossío.

### **1971**

- Exposición individual en la Sala Arte, de Bilbao. Exposición colectiva: dibujos de pintores montañeses, en el Museo de Bellas Artes de Santander; minicadros en la Galería de Arte Círculo 2, de Madrid; I Bienal de Arte de León, V Bienal de Arte de Zaragoza,

I Bienal de Arte de Pontevedra. Enrique Azcoaga conoce y presenta su obra.

### 1972

- Exposición individual en la Sala EDAF, de Madrid. Exposiciones colectivas: obras recientes de pintores montañeses, Sala de Arte Besaya, de Santander; cuadros para un coleccionista, pintura contemporánea, Sala Arteta, de Bilbao; II Bienal del Tajo (Toledo); minicadros, Galería Arte Círculo 2, de Madrid.

### 1973

- Exposición individual Sala de Arte Sur, de Santander; Galería Glaub, de Colonia (Alemania); Galería Strathmann, de Berlín. Exposiciones colectivas: Galería Zero, de Murcia; pintores montañeses, Galería, Trazos, de Santander; Galería de Arte Veloz, de Laredo (Santander).

### 1974

- Exposición individual en la Sala Arte, de Bilbao. Concurso de pintura Líneas Aéreas Españolas, Iberia Líneas Aéreas, en Madrid; exposición colectiva; pintura montañesa, Galería Besaya, de Santander; pequeño formato, Sala Arte Sur, de Santander; «Figuración 74», Galería Kreisler, de Madrid; pintores figurativos, Galería Trazos, de Santander; pintura española actual, Galería Arteta, de Bilbao; pintores montañeses, Museo Solana de Queda (Santander).

El Museo Marítimo de Santander adquiere un cuadro de la artista.

## 1975

- Exposición individual en la Galería Castilla, de Valladolid; Galería Kreisler, de Madrid; en Cádiz, organizado por CEIC. Exposición colectiva: pintura montañesa, Torre del Merino, Santillana del Mar (Santander); «Pequeñas joyas para grandes museos», Galería de Arte Sur, de Santander.

El Museo de Bellas Artes de Santander adquiere dos cuadros de Gloria Torner.

El Museo Español de Arte Contemporáneo, de Madrid, adquiere un cuadro de la artista.

## 1976

- Exposición individual en la Galería Echeverría, de San Sebastián; Galería Kreisler, de Madrid, «Figuración 76»; Galería de Arte Sur, de Santander. Exposición colectiva: Pintoras actuales, Galería Gavar, de Madrid; Feria de Arte Expo 76, en Barcelona; «Pequeñas joyas para grandes museos», Galería de Arte Sur, de Santander; diez pintores cántabros, Galería Velázquez, de Santander; encuentros sobre Arte, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo; exposición tres pintores montañeses: Gloria Torner, Julio de Pablo y Sobrado, en el Palacio de la Magdalena, en Santander; visita la Feria Expo 76 de Basilea (Suiza). Cuelga una cuba en el Museo Redondo, de Santander.

Es nombrada presidente de la Sección de Artes Plásticas del Ateneo de Santander.

Ilustra la revista de poesía «Alamo», homenaje nacional a Gerardo Diego.

**1977**

- Exposición individual en la Galería Amics, de Alicante; Galería de Arte Zero, de Murcia; Galería Zero 2, en Cartagena. Cuelga un cuadro en el Museo El Barril, de Murcia.

## BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL

AREAN, CARLOS

«La pintura de Gloria Torner y su acogedora fragancia, **La Estafeta Literaria**, núm. 600, 15-11-1976.

AZCOAGA, ENRIQUE

Presentación catálogo Sala de Arte EDAF, Madrid, 25-2-1972.

BALLESTER, JOSE MARIA

«Gloria Torner», **Batik**, núm. 14, abril 1975.

BENGOCHEA, JAVIER

**Gaceta del Norte**, Bilbao, 20 abril 1974.

CAFFARENA, ANGEL

«Gloria Torner y Julio de Pablo, dos pintores montañeses». Publ. Imprenta Sur, hoy Dardo (Málaga).  
«Azules de Gloria Torner». Publicaciones Dardo (Málaga), 1977.

CAMON AZNAR, JOSE

«Gloria Torner, o la sensibilidad». Presentación catálogo octubre de 1977.

CASTRO ARINES, JOSE

«Pintura montañesa», **Informaciones**, Madrid, 19-7-73.

«Enciclopedia del Arte», Ed. Iberia Europea, S. A.

COBOS, ANTONIO

«Pintura de Gloria Torner». Diario **Ya**, Madrid, 22-3-1972.

CHAVARRI, RAUL

«La pintura española actual», Editorial Iberia Europea, S. A., 1973.

«La realidad fugitiva en la pintura de Gloria Torner», **Gaceta del Arte**, núm. 43, 15-5-1975.

«Artistas contemporáneos en España», Ed. Gavar, mayo 1976.

DIEGO, GERARDO

Poema «Balcón de iranda». Catálogo Sala Arte Sur, 1973.

GAYA NUÑO, JUAN ANTONIO

«A Gloria Torner, nombre justificado», febrero 1976.

GARCIA GUINEA, MIGUEL ANGEL

Presentación catálogo Sala Arte Sur. Diciembre de 1970.

GARCIA-VIÑO, MANUEL

«Arte de hoy», Ed. Ibérico-Europea de Ediciones, Sociedad Anónima, 1976.

GARCIA-VIÑOLAS, M. AUGUSTO

«Gloria Torner». Diario **Pueblo**, Madrid, 16-4-1975.

HIERRO, JOSE

Conferencia sobre Gloria Torner y Julio de Pablo.

«Encuentros sobre el Arte», Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Santander, 19-8-1976.

JENARO ABIN, JULIO

«Los paisajes que los hombres sueñas». Santander, 1976.

LOPEZ ANGLADA, LUIS

«La inmóvil navegación de Gloria Torner», **La Estafeta Literaria**, núm. 558, 15-2-1975.

MARTINEZ CEREZO, ANTONIO

Presentación catálogo Sala de Arte Glaub, Colonia (Alemania), mayo 1973.

«La pintura montañesa». Ibérico-Europea de Ediciones, S. A., 1975.

MARTINEZ DE LA HIDALGA, ROSA

«Gloria Torner en Colonia», **La Estafeta Literaria**, 1-2-1973.

POO SAN ROMAN, JULIO

«Oleos de Gloria Torner», **Diario Montañés**, 13-4-1970.

RIOS RUIZ, MANUEL

Poema «La mirada de Gloria Torner». Presentación catálogo exposición de Cádiz, 1975.

RODRIGUEZ ALCALDE, LEOPOLDO

Presentación catálogo Ateneo de Santander, 1964.

SAEZ, RAMON

«Gloria Torner». Diario **Arriba**, abril 1975.

SOLIS, RAMON

Presentación catálogo exposición Cádiz. Cádiz, mayo, 1975.

VILLAR, ARTURO DEL

«La ventana infinita de Gloria Torner», **Bellas Artes 75**, núm. 44, junio y julio 1975.

## INDICE DE LAMINAS

- Flor niña, 1968.  
Estatuas del Retiro, 1962.  
Turbonada en la bahía, 1965.  
Balcón abierto a las brumas, 1968.  
El mar se acerca, 1972.  
Saber cómo es el alba, 1973.  
Muelle de carga, 1973.  
Sinfonía en azules, 1968.  
Diagonales de hierro, 1972.  
La última ventana, 1972.  
Ventana al mar, 1974.  
Tus cinco azules, 1973.  
La hora azul, 1974.  
Navegando inmóvil va, 1975.  
Oceánico amor, 1975.  
Carmen, 1976.  
Día azul, 1975.  
Blancos y copa, 1976.  
En la hora del cristal, 1976.  
Mensaje, 1976.  
Transparencia, 1976.  
Tibio vuelo cautivo, 1976.  
Mujer y caracolas, 1977.

## INDICE

	<u>Pág.</u>
SU VIDA .....	9
SU PINTURA .....	29
LA PINTORA ANTE LA CRITICA .....	47
LAMINAS .....	49
LOS POETAS Y GLORIA TORNER .....	83
ESQUEMA DE SU VIDA .....	87
BIBLIOGRAFIA FUNDAMENTAL .....	95

## COLECCION

### «Artistas Españoles Contemporáneos»

1. Joaquín Rodrigo, por Federico Sopeña.
2. Ortega Muñoz, por Antonio Manuel Campoy.
3. José Lloréns, por Salvador Aldana.
4. Argenta, por Antonio Fernández-Cid.
5. Chillida, por Luis Figuerola-Ferretti.
6. Luis de Pablo, por Tomás Marco.
7. Victorio Macho, por Fernando Mon.
8. Pablo Serrano, por Julián Gallego.
9. Francisco Mateos, por Manuel García-Viñó.
10. Guinovart, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
11. Villaseñor, por Fernando Ponce.
12. Manuel Rivera, por Cirilo Popovici.
13. Barjola, por Joaquín de la Puente.
14. Julio González, por Vicente Aguilera Cerni.
15. Pepi Sánchez, por Vintila Horia.
16. Tharrats, por Carlos Areán.
17. Oscar Domínguez, por Eduardo Westerdahl.
18. Zabaleta, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
19. Failde, por Luis Trabazo.
20. Miró, por José Corredor Matheos.
21. Chirino, por Manuel Conde.
22. Dalí, por Antonio Fernández Molina.
23. Gaudí, por Juan Bergós Massó.
24. Tapies, por Sebastián Gasch.
25. Antonio Fernández Alba, por Santiago Amón.
26. Benjamín Palencia, por Ramón Faraldo.
27. Amadeo Gabino, por Antonio García-Tizón.
28. Fernando Higuera, por José de Castro Arines.
29. Miguel Fisac, por Daniel Fullaondo.
30. Antoni Cumella, por Román Vallés.
31. Millares, por Carlos Areán.
32. Alvaro Delgado, por Raúl Chávarri.
33. Carlos Maside, por Fernando Mon.
34. Cristóbal Halffter, por Tomás Marco.
35. Eusebio Sempere, por Cirilo Popovici.
36. Cirilo Martínez Novillo, por Diego Jesús Giménez.
37. José María de Labra, por Raúl Chávarri.
38. Gutiérrez Soto, por Miguel Angel Baldellou.
39. Arcadio Blasco, por Manuel García-Viñó.
40. Francisco Lozano, por Rodrigo Rubio.
41. Plácido Fleitas, por Lázaro Santana.
42. Joaquín Vaquero, por Ramón Solís.
43. Vaquero Turcios, por José Gerardo Manrique de Lara.
44. Prieto Nespereira, por Carlos Areán.
45. Román Vallés, por Juan Eduardo Cirlot.
46. Cristino de Vera, por Joaquín de la Puente.
47. Solana, por Rafael Flórez.
48. Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe, por Luis Núñez Ladeveze.
49. Subirachs, por Daniel Giralt-Miracle.
40. Juan Romero, por Rafael Gómez Pérez.
51. Eduardo Sanz, por Vicente Aguilera Cerni.
52. Augusto Puig, por Antonio Fernández Molina.

53. Genaro Lahuerta, por A. M. Campoy.
54. Pedro González, por Lázaro Santana.
55. José Planes Peñálvez, por Luis Núñez Ladeveze.
56. Oscar Esplá, por Antonio Iglesias.
57. Fernando Delapuenta, por José Luis Vázquez-Dodero.
58. Manuel Alcorio, por Jaime Boneu.
59. Cardona Torrandell, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
60. Zacarías González, por Luis Sastre.
61. Vicente Vela, por Raúl Chávarri.
62. Pancho Cossío, por Leopoldo Rodríguez Alcalde.
63. Begoña Izquierdo, por Adolfo Castaño.
64. Ferrant, por José Romero Escassi.
65. Andrés Segovia, por Carlos Usillos Piñeiro.
66. Isabel Villar, por Josep Meliá.
67. Amador, por José María Iglesias Rubio.
68. María Victoria de la Fuente, por Manuel García-Viñó.
69. Julio de Pablo, por Antonio Martínez Cerezo.
70. Canogar, por Antonio García-Tizón.
71. Piñole, por Jesús Baretini.
72. Joan Ponç, por José Corredor Matheos.
73. Elena Lucas, por Carlos Areán.
74. Tomás Marco, por Carlos Gómez Amat.
75. Juan Garcés, por Luis López Anglada.
76. Antonio Povedano, por Luis Jiménez Martos.
77. Antonio Padrón, por Lázaro Santana.
78. Mateo Hernández, por Gabriel Hernández González.
79. Joan Brotat, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
80. José Caballero, por Raúl Chávarri.
81. Ceferino, por José María Iglesias.
82. Vento, por Fernando Mon.
83. Vela Zanetti, por Luis Sastre.
84. Camín, por Miguel Logroño.
85. Lucio Muñoz, por Santiago Amón.
86. Antonio Suárez, por Manuel García-Viñó.
87. Francisco Arias, por Julián Castedo Moya.
88. Guijarro, por José F. Arroyo.
89. Rafael Pellicer, por A. M. Campoy.
90. Molina Sánchez, por Antonio Martínez Cerezo.
91. María Antonia Dans, por Juby Bustamante.
92. Redondela, por L. López Anglada.
93. Fornells Plá, por Ramón Faraldo.
94. Carpe, por Gaspar Gómez de la Serna.
95. Raba, por Arturo del Villar.
96. Orlando Pelayo, por M. Fortunata Prieto Barral.
97. José Sancha, por Diego Jesús Jiménez.
98. Feito, por Carlos Areán.
99. Goñi, por Federico Muelas.
100. La postguerra, documentos y testimonios. Tomo I.
100. La postguerra, documentos y testimonios. Tomo II.
101. Gustavo de Maeztu, por Rosa M. Lahidalga.
102. X. Montsalvatge, por Enrique Franco.
103. Alejandro de la Sota, por Miguel Angel Baldellou.
104. Néstor Basterrechea, por J. Plazaola.
105. Esteve Edo, por S. Aldana.
106. M. Blanchard, por L. Rodríguez Alcalde.
107. E. Alfageme, por V. Aguilera Cerni.
108. Eduardo Vicente, por R. Flórez.
109. García Ochoa, por F. Flores Arroyuelo.
110. Juana Francés, por Cirilo Popovici.

111. **M. Droc**, por J. Castro Arines.
112. **Ginés Parra**, por Gerard Xuriguera.
113. **A. Zarco**, por Rafael Montesinos.
114. **D. Argimón**, por Josep Valles Rovira.
115. **Palacios Tardez**, por Julián Marcos.
116. **Hidalgo de Caviedes**, por Manuel Augusto García de Viñolas.
117. **Teno**, por Luis G. de Candamo.
118. **C. Bernaola**, por Tomás Marco.
119. **Beulas**, por J. Gerardo Manrique de Lara.
120. **Hermanos Algora**, por Fidel Pérez Sánchez.
121. **J. Haro**, por Ramón Solís.
122. **Celis**, por Arturo del Villar.
123. **E. Boix**, por José María Carandell.
124. **Jaume Mercadé**, por José Corredor Matheos.
125. **Echaz**, por M. Fernández Braso.
126. **Mompou**, por Antonio Iglesias.
127. **Mampaso**, por Raúl Chávarri.
128. **Santiago Montes**, por Antonio Lara.
129. **C. Mensa**, por Antonio Beneyto.
130. **Francisco Hernández**, por Manuel Ríos Ruiz.
131. **María Carrera**, por Carlos Areán.
132. **Muñoz de Pablos**, por Isabel Cajide.
133. **A. Orensaz**, por Michael Tapie.
134. **M. Nazco**, por Eduardo Westerdhal.
135. **González de la Torre**, por L. Martínez Drake.
136. **Urculo**, por Carlos Moya.
137. **E. Gabriel Navarro**, por Carlos Areán.
138. **Boado**, por Ramón Faraldo.
139. **Martín de Vidales**, por Teresa Soubriet.
140. **Alberto**, por Enrique Azcoaga.
141. **Luis Sáez**, por Luis Sastre.
142. **Rivera Bagur**, por A. Fernández Molina.
143. **Salvador Soria**, por Emanuel Borja Jareño.
144. **Eduardo Toldrá**, por A. Fernández-Cid.
145. **Cillero**, por Raúl Chávarri.
146. **Barbadillo**, por Jacinto López Gorgé.
147. **Juan Guillermo**, por Lázaro Santana.
148. **Fernando Sáez**, por Miguel Logroño.
149. **José Antonio Díez**, por A. Delgado, L. M. Díez y J. M. Merino.
150. **Guajardo**, por Ignacio Olmos.
151. **Rafael Leoz**, por Luis Moya Blanco.
152. **Vázquez Díaz**, por Manuel García-Viñó.
153. **Enrique Gran**, por Leopoldo Rodríguez Alcalde.
154. **Venancio Blanco**, por Luis Jiménez Martos.
155. **Gloria Torner**, por Miguel Angel García Guinea.

*Esta monografía sobre la vida y  
la obra de GLORIA TORNER  
se acabó de imprimir en Madrid,  
en los Talleres de RUFINO  
GARCIA BLANCO, avenida  
Pedro Díez, 3.*

ces más purificadas que reales, dejándonos envueltos en una atmósfera de ideales aspiraciones.

Muy difícil de encasillar su pintura, la naturaleza que la artista nos ofrece viene siempre cargada de transparencias líricas, de sugerencias poéticas, de limpios deseos, haciéndonos una auténtica decantación de esencias. Y aunque el hombre como tal no suele aparecer en su temática, su ser está siempre presente, acomodado invisible de la arena caliente, de la paloma hecha de nube o de espuma, del jarro de flores que apenas se atreve a colorear la tarde...

Gloria Torner es la pintora de las "vibraciones interiores", que diría Arturo del Villar, viva siempre y completa en la escasez de sus colores tímidos. Su arte está hecho sin piel ni corteza; no lo envuelve nada, de no ser el papel transparente del cielo y del mar, y descansa, casi virginal, en el lecho de la inextinguible nostalgia de nuestro gran misterio.

No es, pues, extraño que los poetas hayan "sentido" la poesía en color de la pintora montañesa. Gerardo Diego, Manrique de Lara, Guillén... se han acercado a sus poemas pictóricos con los suyos de palabras y de versos: la sensibilidad se encuentra por distintos caminos.

García Guinea, al ahondar en el alma y la obra de Gloria Torner, nos ofrece una visión doblemente definidora de la total personalidad de la artista. Existe una indudable concordancia entre la mente y la pintura de Gloria, porque ambas, sin desligarse de la realidad, buscan caminos paralelos evadiéndose más allá de lo sensible.

## SERIE PINTORES

